

80 ANIVERSARIO DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

NUESTRA OBRA



GRUPO ANARQUISTA TIERRA
FEDERACIÓN ANARQUISTA IBÉRICA (FAI)

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN DE 2016

Este fanzine es la reedición del trabajo que realizó el Grupo Tierra allá por 2006, en el setenta aniversario de la revolución española; y que fue publicado en el número 216 del mes de julio del periódico anarquista *Tierra y Libertad*, editado por la Federación Anarquista Ibérica. Nuestro objetivo con esta segunda edición es recuperar este texto, que nos parece una buena introducción al proceso colectivista que se desarrolló en España después del levantamiento militar contra la República el 18 de julio de 1936.

Con todos sus cientos de aciertos y errores, los trabajadores de aquella época consiguieron demostrar al mundo y a las generaciones futuras que es posible socializar la producción y vivir sin propiedad privada y sin empresarios o terratenientes que parasiten de su trabajo.

El legado de su obra sigue siendo hoy en día ocultado a las nuevas generaciones en el ámbito educativo y despreciado por la socialdemocracia y demás izquierda institucional mal llamada socialista. En una sociedad enferma y decadente como la actual, donde el sistema económico capitalista ha degradado al ser humano y a la naturaleza a mera mercancía y se vuelve a potenciar el nacionalismo y el racismo; se hace obligatorio para los anarquistas reclamar el legado constructivo de nuestros abuelos para demostrar que hay alternativas de organización económica y social al capitalismo y al Estado.

Estas conquistas no fueron sencillas, ni lo serán. La burguesía no dio su brazo a torcer entonces ni lo hará ahora. Pero de nosotros depende, con trabajo constructivo y coherente, y autocrítica constante; el poder volver a formar un movimiento útil para los trabajadores, y que consiga las condiciones materiales para hacer temblar los cimientos del capital y del Estado.

El IV Congreso de la CNT en Zaragoza nos lanza una propuesta:

«Que todo el que se sienta con inteligencia, arretos y capacidad mejore nuestra obra».

Llegó la hora de coger el testigo.

Por la anarquía

Grupo Anarquista Tierra (FAI)

Federación Anarquista Ibérica: <http://federacionanarquistaiberica.wordpress.com/>
Periódico Tierra y Libertad: <http://nodo50.org/tierraylibertad>

España 1936–1939

El levantamiento militar contra la Segunda República iniciado el 17 y 18 de julio de 1936 supuso para grandes sectores de la clase obrera española, sobre todo los trabajadores organizados en la CNT y en la FAI, un elemento aglutinador y desencadenante de la revolución social que se produjo en el territorio republicano. Hay que decir, no obstante, que los conspiradores y sus adláteres no se levantaban contra el gobierno republicano, sino contra el proceso revolucionario que iba madurando en España desde 1931.

Tras la caída de la monarquía, en 1931, y la proclamación de la República, muchos trabajadores experimentaron un proceso de decepción y radicalización dado el carácter lento y cauto de las reformas emprendidas por los gobiernos republicano-socialistas (hasta 1933) y los abusos arbitrarios y la dura represión que desde finales de 1933 hasta principios de 1936 desencadenó el gobierno reaccionario de derechas (el bienio negro). La insurrección de octubre de 1934 en Madrid, Barcelona y, sobre todo, Asturias, no es más que un intento de arremeter contra este estado de cosas en el que la República ya no representaba para muchos trabajadores más que la continuación de la represión y los malos tratos que habían recibido de los gobiernos monárquicos. Asimismo, los intentos revolucionarios anarquistas de 1932 y 1933 son respuestas ante esa represión republicana y al deseo de instaurar un orden social diferente en el que no hubiera explotadores ni explotados. En el momento de la victoria del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936, la CNT y las organizaciones anarquistas tenían más de 30.000 presos en las cárceles republicanas, consecuencia de la represión de los años anteriores.

Parecía que los anhelos revolucionarios de la clase obrera podrían tener una vía de aplicación más factible. Pero, nuevamente, las expectativas de un cambio revolucionario fueron ralentizadas por los gobiernos de izquierdas, cuando no reprimidas a sangre y fuego por la Guardia Civil o la Guardia de Asalto, con la connivencia de la burguesía y los terratenientes, así como de la Iglesia y el Ejército. El golpe militar no es más que la consecuencia de la alianza de estos sectores reaccionarios ante la perspectiva de un cambio revolucionario que les arrebatará sus riquezas y privilegios. Con todo en su contra (temor y dudas en el gobierno republicano ante el golpe, prácticamente todas las fuerzas disponibles del ejército a favor del alzamiento militar, la traición de la Guardia Civil en multitud de lugares, sin armas ni preparación militar...) sin esperar las directrices o la autorización del gobierno, las organizaciones obreras se armaron por sus propios medios el 18 y 19 de julio, se enfrentaron a las tropas que se habían levantado e impidieron la victoria inmediata de los rebeldes. En las partes del país donde el levantamiento militar-clerical-fascista pudo ser derrotado, fue suprimido, en pocos días, el sistema político, económico y social existente. El sistema tradicional de dominación sucumbió.

Las organizaciones revolucionarias

Los anarquistas españoles estaban organizados desde 1910 en la sindicalista revolucionaria Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y desde 1927 en la Federación Anarquista Ibérica (FAI, que antes tuvo otros nombres); si bien la primera no era, en sentido estricto, una organización anarquista, sino un sindicato al que cualquier trabajador podía asociarse, eso sí, respetando su funcionamiento basado en la horizontalidad y en la igualdad de decisión de todos sus miembros, aspectos estos que, unidos a la proyección revolucionaria de la CNT, hacían de esta una organización enraizada en las fuentes del anarquismo. Ambas organizaciones son herederas de toda una tradición de organización anarquista que se remonta a la llegada a España de Giuseppe Fanelli en el año 1868 como enviado de Bakunin para organizar en nuestro país una sección de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), la Federación Regional Española. En 1870 se celebró en Barcelona el primer congreso obrero español en el que se adoptó el programa de la Federación del Jura: «anarquistas en política, colectivistas en economía, ateos en religión».

La CNT

Cuando en 1910 se fundó la CNT, asumió también el consecuente rechazo, característico del anarquismo, del ejercicio de la influencia partidista sobre los procesos políticos de formación de opinión y decisión. Tomó del anarquismo la idea de que la liberación de la clase trabajadora habría de ser obra de los

trabajadores mismos. La filosofía de la lucha cotidiana por la supervivencia de la acción directa (huelga, boicot, sabotaje), figuraba junto a la concepción de la lucha final y del levantamiento generalizado. Una huelga general tenía siempre un carácter revolucionario y nunca solo económico reformista.

Tanto la AIT en el mundo como las diferentes organizaciones sindicalistas revolucionarias sufrieron ataques, ilegalizaciones y represiones continuas, hasta llegar a la propia disolución de la Internacional como tal. Hasta que en 1922 se crea de nuevo la AIT, cuya meta explícita era agudizar la lucha de clases, combatir contra la intrusión de los partidos políticos en los sindicatos (los bolcheviques ya habían triunfado en Rusia y estaban especializándose en acabar físicamente con los anarquistas) y, finalmente, destruir el capitalismo y el Estado



La CNT participa desde el primer momento en la reconstrucción de la AIT, si bien al año siguiente tiene que pasar a la clandestinidad debido al golpe de estado con el que el general Primo de Rivera instaura su dictadura. Mientras que la Unión General de Trabajadores (UGT, sindicato socialista) pactó con el dictador y pudo seguir formalmente su funcionamiento, la CNT fue perseguida durante todo ese período.

La FAI

En esta situación de persecución y clandestinidad, se funda en 1927 la Federación Anarquista Ibérica en Valencia. Cuando Fanelli llegó a España en 1868 para impulsar la AIT en nuestro país, traía también consigo el programa de la Alianza Internacional para la Democracia Socialista, organización creada por Bakunin, de carácter anarquista, en la que se integraron buena parte de los impulsores de la AIT en España. Así pues, ya desde el primer momento, la Alianza va a constituir el espíritu animador de la Internacional en nuestro país. Los dos primeros núcleos se crearon en Madrid y Barcelona, desde donde se extendieron a otros lugares, procurando mantener un estrecho contacto entre todos los revolucionarios convencidos y dando al mismo tiempo impulso a las secciones locales de la Internacional que, por otra parte, habían sido creadas por ellos. Es decir, que ya desde el primer momento anarquismo y sindicalismo revolucionario fueron estrechamente unidos (y a ello se debió que durante 70 años la tendencia libertaria fuera la predominante entre los trabajadores españoles, creando en ellos una conciencia revolucionaria poderosa muy superior, en cuanto a influencia social, a la que ha habido en otros países y procesos revolucionarios).

La desaparición de la Alianza no supuso, ni mucho menos, la ausencia de coordinación de los grupos anarquistas, que siguieron dotándose de organizaciones que les servían para establecer coordinaciones duraderas, el intercambio de propaganda y, sobre todo, para las acciones de solidaridad. No hay que olvidar que durante todo este periodo, salvo momentos históricos muy escasos, los anarquistas y sus organizaciones debían funcionar en la clandestinidad, lo que da más valor si cabe a su actividad e influjo social.

Meses antes del pronunciamiento militar, se había creado la Federación Nacional de Grupos

Anarquistas (FNGGAA) que aglutinó a los compañeros y coordinó las luchas. En 1927 se celebra clandestinamente en Valencia una conferencia anarquista. Están representados los grupos de la FNGGAA, los compañeros exiliados de la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española y la Unión Anarquista Portuguesa. Se decide crear una organización que coordine las luchas contra ambas dictaduras de la Península: nace la Federación Anarquista Ibérica.

La creación de la FAI dio un nuevo impulso al anarquismo ibérico, en el que el federalismo (que permitía una flexibilidad de acción) y la acción directa (que rechazaba la negociación con los patronos y con el Estado y exigía la satisfacción de todas las reivindicaciones) así como la intensificación de la propaganda anarquista se ponen al servicio del proceso revolucionario. Esta Conferencia de Valencia que da lugar a la fundación de la FAI se desarrolla en un momento en que la CNT atraviesa una situación muy delicada. Pero la Conferencia cree en la capacidad de los anarquistas para ponerla de nuevo en marcha, e inician una etapa semejante, se dice casi literalmente, a la de la vieja Federación Regional Española de la AIT. Con los sindicatos de la CNT se prevé una colaboración a todos los niveles, si bien los anarquistas de la Conferencia saben que una cosa son los sindicatos y otra los grupos, y establecen claramente la separación y autonomía orgánicas.

Las actividades de los grupos de la FAI, además, eran tremendamente diversas y no se limitaban, ni mucho menos, al campo sindical, extendiendo su acción a todos los campos que abarcaba la problemática vital: educación, cultura, creación de ateneos, propaganda de las ideas, esperanto, naturismo, cooperativismo, etc. Aunque, claro está, la pregunta que se hace en la Conferencia es: «¿Existe dentro de nuestro movimiento la capacidad precisa para una obra constructiva sobre bases antiautoritarias y federalistas?», a lo que se contestaba afirmativamente...Y en ello pusieron todo su empeño.

La relación entre la CNT y la FAI fue uno de los elementos a tener en cuenta durante este período, incluido el proceso revolucionario de 1936–39. Las investigaciones realizadas dentro del ámbito burgués o marxista («socialista» o «comunista») han intentado hacer ver con especial énfasis el supuesto sometimiento de la CNT con respecto a la FAI, trazando, de esta manera, un paralelismo con la relación de dependencia de la UGT con respecto al PSOE (cuestión esta que sí se daba en muchas ocasiones). Pero a este respecto, no se ha tenido suficientemente en cuenta que, por su génesis, la CNT no era ningún sindicato reformista y que, desde su constitución, estaba abocada al sindicalismo revolucionario. La FAI pretendía una colaboración cercana con la CNT, pero no dominar el sindicato, cosa, además, alejada de lo que supone una concepción anarquista de las relaciones.

La relación entre ambas organizaciones fue fijada en base a la «trabazón» acordada en 1928, que había de regular la «fraternal colaboración» entre la CNT y la FAI. Ambas organizaciones rechazaban al Estado y aspiraban a una «reorganización de la vida social en su conjunto sobre la base del comunismo libertario, alcanzada mediante la acción directa de los oprimidos».

Las Juventudes Libertarias

Desde los años 20 hubo intentos de organizar grupos juveniles anarquistas y coordinarlos. En agosto de 1932 se celebra un congreso en Madrid en el que se constituye la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL). Rápidamente se extendieron por toda España. Desde el primer momento ya se plantearon dos tendencias: los que las veían como una organización totalmente independiente y los que querían que estuvieran estrechamente unidas a la FAI (incluso como parte de ella). Esta cuestión se resuelve en el Pleno de septiembre de 1936 en el que se acaba aceptando la existencia de una organización única a nivel nacional pero teniendo los grupos y organizaciones regionales una amplia autonomía que suponía total libertad para mantener estrechas relaciones con la FAI.

A lo largo de los años de la guerra y según descendía la intensidad revolucionaria, las Juventudes Libertarias acentuaron sus críticas hacia la CNT y la FAI por sus compromisos con el Estado republicano, lo que, a su vez, también ayudó a fortalecer su independencia como organización. No conocemos con exactitud el número de federados que tenían antes del 17 de julio de 1936, pero debían ser decenas de millones, porque de lo que sí hay datos es del Pleno que celebraron en febrero del 37 en el que tenían más de 80.000 miembros repartidos por todo el territorio que aún controlaba la República (hay que decir, sin

embargo, que después del inicio de la guerra la afiliación a las organizaciones libertarias se multiplicó y superó con creces la que tenían antes del levantamiento militar).

A pesar de las críticas que (sobre todo a partir de mayo del 37) la FIJL hizo de las otras organizaciones libertarias, también padeció en sus filas la burocratización de sus comités y el tener que aceptar, aunque fuera a regañadientes, las directrices del Estado republicano en el campo militar y en la vida social y política.

Cómo entendían los anarquistas el hecho revolucionario

Para los anarquistas siempre ha sido fundamental en su acción no perder de vista el objetivo a conseguir: una sociedad libre de todo tipo de dominación; y siempre han tenido la convicción de que la revolución y el socialismo serían el resultado de sus propias luchas, alejándose de la supuesta «cientificidad» del cálculo revolucionario que se da en los marxistas. La transformación revolucionaria de la sociedad será, así, un acto que dependerá de la voluntad y la libre determinación de los seres humanos.

La revolución que acabará con el capitalismo y el Estado será «social» (es decir, abarcará todas las facetas de la vida) y no solo «política» (para la conquista del poder). Los libertarios coincidían en que la huelga general revolucionaria tenía que ser el prelude inmediato de dicha revolución social, que se preparaba mediante la propaganda, la educación, la lucha sindical y social cotidiana y la acción directa (entendida como acción sin intermediarios). Según la concepción anarquista, para llegar a la nueva situación ideal de seres libres e iguales que se relacionan mediante el apoyo mutuo, no se precisan etapas intermedias, algo que sí defiende el marxismo, que habla, por ejemplo, de la necesidad del desarrollo del capitalismo y la toma del poder por la burguesía en determinados momentos. En los anarquistas hay una fuerte confianza en la viabilidad de la revolución que, al igual que cualquier actividad social desarrollada por ellos, debe guardar una identidad entre medios y fines, haciendo, así, hincapié en la emancipación moral del ser humano, que se ve tan importante como la social o económica.

El llamamiento anarquista a la revolución se dirige a todos los oprimidos, al pueblo, a la persona individual o a la sociedad, y no exclusivamente a una clase determinada por su situación económica. Sin embargo, la revolución y la lucha de clases se consideran elementos indisolublemente vinculados entre sí; y la huelga general es considerada como una forma determinada de lucha de clases, el arma principal del movimiento obrero que, sin embargo, no se utilizará para la consecución de objetivos exclusivamente económicos.

Desde esa concepción de la revolución cabe entender no solo el aspecto destructivo de la vieja sociedad opresora, sino, sobre todo, una fase constructiva de la nueva edificación libertaria: los trabajadores deben hacerse cargo de los medios de producción y de los productos de consumo y crear sus propias formas de organización social.

El comunismo libertario

La finalidad de la revolución en el campo económico supone, para los anarquistas, la implantación del comunismo libertario, y los levantamientos anarquistas de los años treinta intentaron, con poca fortuna hasta 1936, su consecución. Los teorizadores del comunismo libertario, sobre todo en el período republicano, se dividieron esencialmente entre los partidarios del programa y los enemigos del mismo, aunque también hubo posiciones intermedias.

Entre las múltiples manifestaciones del anarquismo sin programa de la época estarían, por ejemplo, las del grupo de *La Revista Blanca*, con Federico Urales, Federica Montseny y Germinal Esgleas; también Diego Abad de Santillán en una primera fase. Germinal Esgleas escribía en julio de 1934: «El ideal anarquista no puede significar una limitación (...) Reducir la anarquía a un programa más o menos sintético y esquemático, reducirla a cuatro frases hechas, es obra en absoluto negativa». Entre los que podríamos llamar «constructivistas», partidarios de la programación del comunismo libertario, encontramos a Pierre Besnard, sindicalista revolucionario francés, que en su obra *Los sindicatos obreros y la revolución social* define los pilares de su programa: «los sindicatos tendrán por misión la organización de la producción (...) y

de acuerdo con los organismos políticos correspondientes, administrarán y regirán la cosa pública».

Gastón Leval y Diego Abad de Santillán –este en una segunda etapa– defendieron también la elaboración de un programa previo revolucionario. Leval ve un peligro para la libertad el dar una excesiva importancia al sindicato y ve al municipio como base de la actividad económica. En *El organismo económico de la revolución* (1936) Santillán condena el localismo económico y defiende una organización federativa de la economía hasta llegar a un consejo federal de economía que sustituiría al Estado y no sería un poder político, sino un regulador económico y administrativo. Tal organismo coordinador sería garantía de una sociedad libre, de productores y consumidores, que se regularía mediante una planificación elaborada por todos y respetaría la autonomía relativa de todos los organismos federados.

Entre anarquismo sin programa y anarquismo programático hay una serie de actitudes intermedias entre la que destaca la concepción comunista libertaria de Isaac Puente (médico y militante de la FAI fusilado por los fascistas a los pocos días del golpe militar) y también la del periódico *Tierra y libertad* durante los años 1932 y 1933. En *Tierra y libertad* se habla de creatividad y espontaneidad, de simplificación de la vida: «En la revolución que se avecina no vamos a complicar la vida, vamos a simplificarla, suprimiendo y expurgando del organismo social elementos y factores inútiles que hoy la complican, dificultando su desarrollo normal. Los pueblos que han proclamado el comunismo libertario nos han marcado la pauta: igualdad de derechos y deberes, distribución equitativa de la riqueza, derecho al goce de los frutos del trabajo; deber de contribuir en él en lo que corresponde y permitan las disposiciones de cada uno; todo regulado y administrado por sus comisiones de control y de estadística, sin autoridad alguna, poniendo en práctica el conocido axioma de sustituir el gobierno de los hombres por la administración de las cosas».

En 1932 Isaac Puente publica *El comunismo libertario*. Sus posibilidades de realización en España. Puente acepta el sindicato de industria para coordinar la producción en el ámbito local y la federación nacional de industria para asegurar un ámbito nacional. Pero el núcleo organizativo básico es el municipio, sin ninguna estructura por encima de él, a excepción de aquellas que deban desempeñar funciones que el municipio no pueda abarcar. En este sentido precisa que «los congresos son los únicos que interpretan la voluntad nacional y ejercen circunstancial y transitoriamente la soberanía que les confieren los acuerdos plebiscitarios de las asambleas». Aunque afirma que, previo a esta concepción del comunismo libertario, habría que hacer algunas estimaciones que reducen de modo considerable el programa previo: «En procurar repartir la riqueza social y el trabajo preciso para producirla y en reducir al mínimo la autoridad, acercándonos a la libertad individual, estriba toda la dificultad de la revolución». La concepción de Puente ofrece amplio campo a la espontaneidad, y por previsión filosófica rechaza la posibilidad de representar previamente organizado todo un futuro, porque, entre otras cosas, señala la superioridad de la práctica sobre la teoría. En este sentido entronca con toda la línea argumental del anarquismo que expone que no se puede dejar cerrado el modelo de la futura sociedad ideal, puesto que dicha organización social deberán llevarla a efecto las personas que hagan la revolución en un espacio y un tiempo determinados, respetando así la libertad constructiva de los propios hacedores de dicha sociedad.



El modelo de Isaac Puente servirá para la definición del concepto de comunismo libertario por parte de la CNT en su congreso de 1936, pero aquí el municipio no será ya un ente fundamentalmente económico, sino una realidad global donde confluirán todas las actividades económico-productivas y de relación

humana general que constituyen la totalidad de aspectos de una sociedad. Por su parte, la FAI, en el Pleno de octubre de 1933, acordó redactar una ponencia sobre el comunismo libertario. Pero la comisión encargada para ese asunto no pudo reunirse debido a la complicación de los acontecimientos sociales que se sucedieron, y el trabajo quedó por hacer; aunque sí conocemos los puntos que deberían tratarse: 1º) Contradicciones y consecuencias funestas del sistema capitalista. 2º) Principios en que se fundamentan las ideas anarquistas. 3º) Significación del comunismo libertario. 4º) ¿Cómo asegurar el desenvolvimiento normal de la sociedad libertaria sin caer en las prácticas autoritarias? Por tanto, es curioso constatar que la FAI no llegó nunca a definir, como organización, el problema de las finalidades. Una vez más, la práctica se imponía a la teoría. Aun así, en la FAI estaba meridianamente claro que la revolución debía comportar la socialización de la riqueza, así como la abolición de la propiedad privada, del Estado, del ejército, de las clases y del principio de autoridad.

Los preparativos revolucionarios

Desde la victoria electoral de las izquierdas en febrero de 1936, incluso antes, desde los medios libertarios ya se preveía la inminencia de un golpe militar, cosa que no sucedía con el gobierno del Frente Popular salido de las urnas que, aparentemente, miraba para otro lado sin dar crédito a la conspiración capitalista-militar-clerical-fascista.

En 1936, y después de la reintegración de los escindidos «sindicatos de oposición» en el Congreso de Zaragoza, la CNT pasaba de largo el millón de afiliados y tenía un programa, una táctica y una solidez firme. Precisamente, en el Congreso de mayo del 36 en Zaragoza se preveía el estallido de un golpe contrarrevolucionario al que habría que oponer la confrontación total desde un planteamiento revolucionario. En consonancia con esto, se tomaron acuerdos en contra de la expansión del fascismo y del desarrollo de la guerra que se veía llegar, y se previó declarar la huelga general revolucionaria en caso de que se declarara el estado de guerra.

La FAI, que, según la fuente que se consulte, podría situar su número entre 5.000 y 10.000 militantes distribuidos por toda la Península, islas y norte de África, tuvo un Pleno en enero-febrero de 1936 en el que reorganizó sus fuerzas y reafirmó su concepto de organización social, anunciando «una guerra civil inevitable y de duración imposible de prever». En este Pleno se hace un repaso de cómo se ha llegado a la situación actual, se prevé cómo defenderse del peligro de la reacción y se plantea la lucha contra el fascismo y el golpe militar desde todos los lugares (puesto de trabajo, municipios, organizaciones, las calles, etc.), desarrollando al mismo tiempo un proceso revolucionario que debería desencadenarse en el momento en que se produjera el alzamiento reaccionario.

Asimismo, se nombra un Comité de Preparación Revolucionaria, que deberá preparar a los combatientes, proveer de material de guerra y preparar el abastecimiento, transporte y las comunicaciones para la ocasión, así como la articulación de las fuerzas de la insurrección. Todo esto es muy importante para entender la respuesta fulminante del proletariado en amplias zonas de la geografía española, que impidió el triunfo inmediato de los sublevados el 18 de julio y los días posteriores.

La semana del 13 al 19 de julio los sindicatos de la CNT y los grupos de la FAI tenían ya movilizados a sus militantes y se daban instrucciones a los trabajadores y al pueblo en general para que estuvieran atentos ante el peligro que se venía encima.

Revolución o guerra

Con todo el bagaje de ideas y toda la experiencia práctica de setenta años de lucha contra la explotación y la opresión, es evidente que los anarquistas españoles de 1936 tenían claro que la respuesta frente al alzamiento fascista no podía limitarse a una defensa de la República burguesa, la cual, por añadidura, no había producido más que sinsabores a las organizaciones y a los militantes libertarios: represión, presidio y destierro de decenas de miles de personas, cuando no el asesinato de compañeros por parte de las fuerzas policiales y militares republicanas, así como clandestinidad y persecución legal o ilegal para las organizaciones.

Y llegan el 18 y 19 de julio: como hemos dicho, en amplias zonas del territorio español fueron los trabajadores y militantes de las organizaciones libertarias los que derrotaron el levantamiento militar y reaccionario a costa de la vida y la sangre de miles de compañeros. Era evidente que, ya que se estaba en la calle, no se iba a volver a la situación anterior a esas fechas: era el momento de dar un paso adelante, de defender lo que se había conseguido y avanzar en una revolución que instaurase un régimen de armonía e igualdad entre los humanos.

En esta situación, los anarquistas se encontraron prácticamente solos frente a todo el aparato estatal republicano. Solo algunos grupos del PSOE, unos pocos marxistas independientes, los comunistas antiestalinistas del pequeño POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) y algunos sectores de la UGT arrastrados por el empuje de la CNT se adhirieron, más o menos plenamente, al proyecto revolucionario. Enfrente tenían a todas las fuerzas del Estado republicano que habían sobrevivido al golpe militar: lo que había quedado del ejército de la República, los diferentes estamentos gubernamentales o autonómicos junto con sus cuerpos policiales o militares, todos los partidos burgueses y de izquierdas, el PSOE y, sobre todo, el Partido Comunista de España (PCE), que fue adquiriendo cada vez más poder según iba llegándole la ayuda soviética. Las tesis del PCE, que poco a poco fueron imponiéndose en el bando republicano, eran: vencer al fascismo con un ejército profesional y bien disciplinado, defender una república parlamentaria, acabar con la colectivización y, sobre todo, evitar que los sindicatos tomaran en sus propias manos las fábricas y explotaciones agrícolas. Con estas expectativas, no es extraño que, durante el período de la guerra civil, este partido se convirtiera en refugio de muchos burgueses en el bando republicano. Frente a ellos, los libertarios proponían la colectivización y socialización de la economía, y la defensa de la revolución por los propios trabajadores: las milicias. De ese modo, además de asegurar los cambios revolucionarios, se dotaba al pueblo del poder para defender sus propias conquistas, lo que suponía hacerlo inmensamente más consciente de lo imprescindible de la derrota de los sublevados y lo hacía más fuerte para ello.

El sistema de milicias correspondía a la concepción de «pueblo en armas» proclamada en el Congreso de Zaragoza como medio de defensa de la revolución. Fueron eficaces en desbaratar el alzamiento militar en más de la mitad del territorio español. Pero el rápido avance de las fuerzas de choque de Franco (aterrorizando a la población) y la detención de los milicianos ante Granada o Zaragoza planteó las dificultades de las milicias para efectuar maniobras combinadas, a lo que se unió una crónica falta de armamentos, de artillería, de cobertura aérea y de ropa y pertrechos en general para los milicianos: en todo ello tenían mucho que ver tanto los gobernantes republicanos como el Partido Comunista, que deseaban desacreditar a las milicias.

Las milicias se adaptaban mejor a un tipo de guerra de guerrillas basada en emboscadas y golpes de mano, y parecían servir menos en una guerra regular dirigida por otros. En lugar de fomentar lo primero, García Oliver, uno de los anarquistas más «influyentes» del momento, abogaba, ya el 10 de agosto, por un ejército de «nuevo tipo» ante los jóvenes llamados a filas que se resistían a formar parte del ejército. Esta y otras actitudes, unidas a la cada vez mayor presión del Estado republicano y a la inclusión de ministros de la CNT y de la FAI en los gobiernos de la República y la Generalitat catalana pusieron las bases para la disolución de las milicias por decreto gubernamental y su integración en el nuevo ejército republicano, no sin fuertes resistencias por parte de algunas de las columnas formadas por anarquistas. El 20 de octubre, el gobierno de la Generalitat decreta la militarización de las columnas de milicias, a lo que Durruti responde a primeros de noviembre: «Vais equivocados, consejeros, con el decreto de militarización de las Milicias. Ya que habláis de disciplina de hierro, os digo que vengáis conmigo al frente. Allí estamos nosotros que no aceptamos ninguna disciplina, porque somos conscientes para cumplir con nuestro deber. Y veréis nuestro orden y nuestra organización. Después vendremos a Barcelona y os preguntaremos por vuestra disciplina, por vuestro orden y por vuestro control, que no tenéis».

Así, pues, ante la disyuntiva de «revolución o guerra», el movimiento libertario tenía clara la elección: la revolución con todo lo que conllevaba y, al mismo tiempo, el pueblo en armas haría la guerra contra el fascismo y defendería la propia revolución. Pero, ¿serían capaces los anarquistas en solitario de aguantar la progresiva presión gubernamental, el alargamiento de la guerra y la paulatina institucionalización de sus propias organizaciones?

Colectividades y colectivización

La revolución que se produjo en España en julio del 36 como respuesta al alzamiento militar contra la República estaba muy influida por las ideas ácratas, dado que las organizaciones libertarias estaban muy arraigadas en grandes zonas del país después de 70 años de lucha, y también de formación de la clase trabajadora para crear el tejido social necesario que les permitiera suplantar al Estado y llegar al comunismo libertario.

Como decía el luchador y pensador anarquista Errico Malatesta: «Yo soy comunista, estoy a favor del acuerdo y creo que con una descentralización inteligente y un intercambio continuo de informaciones podrían llegar a organizarse los necesarios intercambios de productos y satisfacer las necesidades de todos sin recurrir al símbolo moneda. Como todo buen comunista aspiro a la abolición del dinero, y como todo buen revolucionario creo que será necesario desarmar a la burguesía, desvalorizando todos los signos de riqueza que puedan servir para vivir sin trabajar». La idea es conseguir una nueva sociedad sin la explotación del hombre por el hombre, sustituyendo el odio por amor; la competencia por la solidaridad; la búsqueda exclusiva del propio bienestar por la cooperación fraternal para el bienestar de todos; la opresión y la imposición por la libertad; la mentira religiosa y pseudocientífica por la verdad.

El 19 de julio de 1936 la clase trabajadora se lanza a la realización de la revolución social que tanto anhelaba. Para ello tomaron medidas concretas para organizar la economía y la sociedad. El campesinado revolucionario centró sus esfuerzos en la constitución de colectividades agrarias, reuniendo las tierras de los facciosos huidos y de las aportaciones voluntarias de agricultores que prefieren el trabajo colectivo. Las colectividades demostraron una capacidad constructiva asombrosa, aumentando la producción agrícola. Se roturaron nuevas tierras y se introdujeron modernos procedimientos de cultivo. También se hicieron obras para el regadío y otras mejoras.

Los Consejos se hicieron cargo de los medios de producción, de los combustibles sólidos y líquidos, iniciando la explotación de minas de carbón cuya productividad aumentó mucho. En la provincia de Málaga, el 19 de julio se constituyó un comité de defensa CNT-UGT para dirigir la lucha. Días más tarde, los partidos de izquierdas se ponían de acuerdo con las centrales sindicales para formar un organismo encargado de asegurar el orden, organizar las milicias y administrar la ciudad. Se le dio el nombre de Comité de Salud Pública. Su composición comprendía un delegado del Partido Federal, uno de Unión Republicana, uno de Izquierda Republicana, uno de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), dos del PCE, dos del PSOE, dos de la UGT, uno de la FIJL, uno de la FAI, dos de la CNT.

Ninguno tenía funciones bien definidas. En realidad, dirigía el Comité la CNT, pues ella proporcionaba la mayoría de los combatientes, encuadraba las masas y controlaba la economía. Con el fin de atender necesidades urgentes se crearon otros organismos fundados en una representación paritaria. Así, el Tribunal Popular se preocupó de juzgar a los elementos reaccionarios, evitando las injusticias cometidas por los incontrolados en los primeros momentos de la revolución. Se creó un

Comité de Investigación y Vigilancia, con patrullas compuestas por milicianos de distintas ideologías para evitar robos, ejecuciones sumarias etc.

La gestión de las empresas se transformó radicalmente. Hubo una apropiación colectiva de los medios de producción pero no existió un consejo económico. Talleres, fábricas y explotaciones agrarias se colectivizaron y eran dirigidas por Consejos de trabajadores. En Ronda, el Comité de Defensa estuvo enteramente en manos de los libertarios. La Comarcal de la CNT de Ronda se impuso en todos los órdenes.



No se colectivizó ni se repartió, todo se socializó. Se servía a la revolución organizando la productividad y el consumo. Se formaron milicias para mantener el orden revolucionario, sin venganzas personales. Se dictaron penas de muerte para los ladrones y se anularon todas las leyes al asumir el Comité de Defensa toda la responsabilidad del poder civil, judicial y militar. Se organizaron municipios libres federados, dándole a cada pueblo el sistema de vida más acorde con sus necesidades. Los medios de producción se socializaron, todo pasó a ser propiedad del pueblo. El dinero fue abolido y se organizaron economatos para el reparto de alimentos, dándole a cada uno lo bastante como para cubrir sus necesidades. En las provincias de Huelva y Sevilla, donde la Confederación era fuerte, se suprimieron los Consejos Municipales y se reemplazaron por Comités de Defensa. Lo mismo ocurrió en Mérida, donde yunteros y ferroviarios de la CNT constituyeron el Comité de Defensa, que se encargó de administrar el municipio, organizar las milicias y mantener el orden público.

En Asturias se formó el Comité de Guerra con sede en Gijón. Estaba formado por representantes de la CNT, la FAI, el PSOE, la UGT, el PCE y los partidos republicanos. Controlaba un territorio que se extendía entre Avilés y Villaviciosa, ya que Oviedo cayó en manos de los militares facciosos. La industria fue socializada. Las minas, la metalurgia, los ferrocarriles fueron dirigidos por Congresos obreros y sindicatos (CNT-UGT). El sector pesquero y el trabajo artesanal también experimentaron una profunda reorganización. En la agricultura no hubo colectivización, dado que el campesinado estaba compuesto de pequeños propietarios, pero la producción estaba regulada por organismos revolucionarios que llevaban a cabo la distribución de los diferentes productos. Las colectividades experimentaron su mayor desarrollo en el Aragón liberado. Allí se formó el Comité Regional de Defensa de Aragón, fundado como un nuevo órgano correspondiente al desarrollo de una democracia genuina y libertaria y a un idealismo revolucionario. Su función era constituir un instrumento de defensa de los cambios económico-sociales y también la organización y el desarrollo del sistema colectivista. Paralelamente se fueron organizando asambleas locales en los pueblos con el fin de reorganizar la vida social y económica. Gradualmente se fue dotando de un sentido de planificación más amplio al creciente sistema colectivista. Las primeras experiencias fueron de ámbito comarcal, pero en los primeros plenos de sindicatos de la CNT después de comenzar la revolución, se aportaron informes-ponencias para la organización económica de los pueblos de la retaguardia, y en noviembre se presentó un guion especial con veintidós puntos para la organización de las colectividades. A principios de 1937, el Comité Regional de la CNT de Aragón convocó un pleno extraordinario de representantes de colectividades para formar una federación regional de colectividades. En los primeros plenos había representados entre 70.000 y 140.000 colectivistas, llegando a unos 300.000 en los meses posteriores, ya en 1937. En muchos casos los pueblos fueron totalmente colectivizados e incluso comarcas enteras fueron colectivizadas casi por completo. Bujaraloz era un pueblo en tierra de secano donde la agricultura era el único recurso económico. Las tierras estaban en manos de cuatro terratenientes. Se encargaba de ellas un administrador, pero se trabajaban muy poco y no daban provecho al pueblo. Al estallar la revolución, el pueblo se colectivizó. En asamblea se acordó que cuatro campesinos fueran los encargados de la administración general, dos del abastecimiento, dos del transporte y cambios, uno del suministro de agua, uno del control de milicianos que vigilaban en las carreteras, y uno del abastecimiento de leche y productos derivados de la agricultura.

La tierra de los terratenientes fue socializada y con la de los pequeños propietarios constituyó el núcleo de la explotación colectiva. Las primeras labores fueron las del trillado del trigo con el uso de máquinas y animales confiscados a los terratenientes. Se hizo una relación de la mano de obra existente con un total de 457 personas. Con ellas se formaron distintas secciones, la más numerosa conducía las caballerías y hacía las faenas más pesadas. Los más fuertes realizaban los trabajos más duros, y los más ligeros estaban a cargo de los que pasaban de cincuenta años. Además de treinta pastores, las otras ocupaciones eran: cinco carniceros, dos sastres, dos albañiles, ocho carpinteros, dos guarnicioneros, dos barberos, cuatro molineros, dos zapateros, seis metalúrgicos, once trabajadores de oficios varios y seis conductores.

La siembra de trigo aumentó en 1937 en 30.000 m², al igual que el resto de cereales. El ganado también tuvo mejoras, ya que se utilizaron los cotos de caza de los terratenientes para pastizales. Para asegurar la producción de carne, la colectividad compró diez cerdos y los distribuyó entre los colectivistas hasta la construcción de las porquerizas necesarias. Estos hechos nos demuestran que algo se ganó con la colectividad y que la administración de las riquezas naturales por parte de los trabajadores rindió un

provecho mayor y humanizó la sociedad.

En Valencia se formó un Comité Revolucionario que agrupaba a los partidos del Frente Popular. Mientras, la CNT organizó un Comité de Huelga encargado de mantener la población en alerta ante un posible ataque de los militares. A este Comité se asoció la UGT algo más tarde. Entre ambas organizaciones se ocuparon de las cuestiones de abastecimiento, temas sociales y administrativos, además del suministro de armas, etc. Posteriormente, después de contactos y negociaciones entre partidos políticos y sindicatos, se formó el Comité Ejecutivo Popular de Levante. Su actividad se limitó a la ciudad de Valencia, dado que en el resto de la región eran los Comités Revolucionarios los que controlaban la situación. A finales del mes de julio se socializaron los astilleros y después el agua, la electricidad, el gas, los transportes, las fábricas de productos químicos y de calzado, la construcción, etc., y finalmente los hoteles, bares y cines, e incluso las funerarias. En Alicante, los servicios públicos y la vivienda fueron municipalizados, los talleres y las fábricas fueron colectivizados por los sindicatos, al igual que la industria textil en Alcoy, y la pesca en Villajoyosa y los altos hornos de Sagunto.

El ámbito donde se consiguieron las mejoras más impresionantes fue en la agricultura. Los colectivistas trabajaban según las normas establecidas a escala regional por la Federación Regional de Campesinos, llevaban una contabilidad estricta, hacían estadísticas, etc. Su intención era asegurar el cultivo racional y científico de los terrenos explotados, directamente en los campos comunales, o mediante el control y la vigilancia en los de propiedad particular. Se preocuparon de introducir los productos más selectos y adecuados para el terreno, además de llevar a cabo estudios para la lucha contra las plagas agrícolas. En el aspecto comercial organizaron la exportación y venta de manera directa, prescindiendo de intermediarios, poniéndose en contacto con los mercados consumidores y contemplando las necesidades de cada uno de ellos. Consiguieron hacer una distribución más equitativa de los productos de la agricultura, disminuyendo hasta anularla la explotación del hombre por el hombre. Con los beneficios se realizaban proyectos para mejoras sociales.

Una vez derrotada la sublevación militar en Barcelona y Cataluña, los trabajadores iniciaron una amplia y profunda transformación revolucionaria de la sociedad catalana. Al reanudar la actividad productiva, procedieron a la colectivización, controlando la mayor parte de las empresas y fábricas. Este era solo el punto de partida para el desarrollo de un proceso de colectivización-socialización que desembocase en la completa socialización de la economía. Las empresas del mismo sector económico y un área determinada formaron las llamadas Agrupaciones, dando lugar a una nueva unidad productiva. Debido a los muchos problemas y trabas que tuvo la revolución, los trabajadores no pudieron llegar a la completa socialización de la economía, aunque se llevaron a cabo experiencias por parte de sindicatos de la CNT para la coordinación y planificación de la actividad productiva de los diversos grupos industriales. Con todo, se realizó una importante labor de reestructuración y racionalización de la economía catalana que se reflejó en una mayor productividad, en una reducción de los gastos generales y en la mejora de las condiciones de trabajo. Se suprimieron las rentas no procedentes del trabajo, desaparecieron o disminuyeron las diferencias salariales, se mejoraron las prestaciones de asistencia sanitaria, también la jubilación. Así, se obtuvieron resultados positivos para conseguir una mayor igualdad social.

La revolución también llegó al campo catalán. Se crearon colectividades agrícolas en muchas poblaciones: Barcelona, Vilaboi, Viladecans, Lérida, Pla de Cabra, Amposta, Hospitalet de Llobregat, Orriols, etc. Este último pueblo, de la provincia de Gerona, contaba con 44 familias, de las que 23 pusieron sus tierras, su ganado y herramientas en común, dando lugar a la colectividad. Sus principios eran los siguientes:

- 1) los socios de la colectividad procurarán no olvidar que con ella han desaparecido las diferencias económicas que nacían de la desigualdad de condiciones;
- 2) la colectividad pasa a ser una gran familia productora, respetándose la mutua y máxima autonomía en cada familia en lo que a consumo se refiere;
- 3) los acuerdos adoptados en asamblea por la colectividad deberán ser aceptados y cumplidos por parte de todos;
- 4) los socios de la colectividad se esforzarán para asegurar el bienestar económico-social de

- todos, sin distinción de familia y edad;
- 5) la colectividad dispondrá de una caja común para cubrir las necesidades comunes; también podrán ser atendidos gastos particulares, pero deben ser justificados y ajustarse a la ética social;
 - 6) se establece un salario familiar;
 - 7) según la producción y una vez atendidas las necesidades de la colectividad, el remanente se aplicará en:
 - a) mejorar las viviendas,
 - b) adquirir nuevo material de trabajo,
 - c) fomentar e incrementar los productos pecuarios,
 - d) crear una granja avícola,
 - e) fomentar la cultura.
 - 8) la colectividad se esforzará en mantener relaciones de solidaridad moral y material con todos los obreros del mundo sin distinción de clases ni color;
 - 9) las puertas de la colectividad estarán abiertas a los conciudadanos que quieran participar en ella.

Este fue uno de tantos ensayos llevados a cabo durante la Revolución española.

La educación en la revolución

La enseñanza y la educación van a ser un aspecto fundamental, a la hora de la formación de un espíritu y conciencia racionalista a lo largo del siglo XX. En España se desarrolla a lo largo de diferentes experiencias racionalistas y alcanza su época de mayor esplendor durante la revolución social de 1936–1939, en la que la educación y la cultura se demostraron imprescindibles para el necesario cambio social que se fraguaba en aquellos años. Así, el anarquismo, en la primera mitad del siglo XX, desarrolla un sistema educativo racionalista, como alternativa a la educación estatal, o privada, que imperaba hasta entonces. Siguiendo el innovador ejemplo de la Escuela Moderna racionalista de Francisco Ferrer Guardia, muchos ateneos libertarios, sindicatos y agrupaciones libertarias, se dedicaron a fundar escuelas racionalistas para educar a los jóvenes en una enseñanza sin premios ni castigos, igualitaria, cooperativa, racionalista y autogestionada, la mayoría de ellas muy heterogéneas entre sí, y que alcanzan su auge en los años 20 y 30, donde se mezclan los ejemplos pedagógicos de Ferrer, con otras experiencias como el cooperativismo e integración de Tolstói o Freinet.

Esas escuelas se basaban en los principios de asambleísmo, en la igualdad, en la integración, en el racionalismo y con la libre cooperación de todos sus miembros integrantes (pedagogos, alumnos y trabajadores) como un todo común. Para los anarquistas, educación y revolución (como más tarde guerra y revolución) iban estrecha e irremediamente unidas, y la educación era un arma más para la liberación del pueblo explotado, desarrollando una ingente labora educativo-cultural, no solo orientada a los niños, sino también a los adultos (basándose en la coeducación de mujeres y hombres, algo impensable para la sociedad patriarcal del momento) organizando clases nocturnas para trabajadores y creando bibliotecas, asociaciones... para la difusión de la educación y la cultura para el pueblo.

Ateneos libertarios

La labor de los ateneos libertarios fue muy destacada en la difusión de la cultura y educación populares, y algunos de ellos fueron herederos directos del sistema pedagógico racionalista de Ferrer Guardia, considerando que los ateneos (por su dedicación plena y exclusiva) podían ser más útiles para la educación y la cultura que cualquier otra agrupación libertaria. Se articulaban en bibliotecas, charlas, exposiciones, conferencias, y todo un conjunto de actividades culturales para la instrucción. Además, eran centros donde se formaba una identidad y militancia libertaria, por su cercanía o afinidad con estos proyectos, llegando

en los años 20 a servir de apoyo clandestino a los militantes de la CNT durante la dictadura militar de Primo de Rivera. En los años 30, y con la II República, los ateneos libertarios alcanzan un gran auge y desarrollo, expandiéndose por todo el país.

La labor cultural y educativa de las Juventudes Libertarias

También destaca el papel educativo y cultural desarrollado por las Juventudes Libertarias, que desarrollan una ingente labor pedagógica, educativa y cultural a través de charlas, conferencias, exposiciones y publicaciones para atraer a la juventud al movimiento libertario. Cabría distinguir por un lado a las Juventudes Libertarias de Cataluña, muy unidas a la FAI, y por otro a las del resto de España, mucho más autónomas e independientes de otras organizaciones. Para ello, las Juventudes Libertarias, potenciaban ateneos libertarios, las famosas excursiones y también la educación infantil y juvenil (potenciando la creación de escuelas racionalistas, donde se fomentaba la educación libre y autogestionada). Ejemplos de ello son la creación de agrupaciones educativo-culturales en todo el país, sobre todo en Aragón (con agrupaciones en alrededor de 50 localidades y hasta 82.000 afiliados). Así, en resumen, la FIJL desarrolla una muy importante labor educativa y cultural, imprescindible para el posterior estallido revolucionario de 1936.

El CENU

El Consejo de la Escuela Nueva Unificada (CENU) se creó para coordinar la enseñanza primaria en Cataluña. Tuvo mucha influencia libertaria: era un proyecto de contenido educativo antiautoritario, autogestionado, de cooperación mutua de sus integrantes, que inicialmente contaba con principios cercanos a la pedagogía racionalista de clara herencia anarquista. Se basaba en el principio de gratuidad de la enseñanza, coeducación-integración y laicismo. Entre sus preceptos básicos estaba la formación del niño desde pequeño a la edad adulta, fomentando la coeducación de integración de sexos, materias y clases, o la total autonomía del niño, sin imposiciones del pedagogo.

Algunos historiadores han señalado que el CENU, a pesar de estos planteamientos cercanos a la pedagogía libertaria, tuvo posturas demasiado moderadas con relación a otros proyectos educativos libertarios, y más teniendo en cuenta que la CNT participó activamente, lo que provocó una dura crítica hacia ella de algunos militantes y pedagogos anarquistas. Por ello, muchos centros educativos racionalistas se mantuvieron al margen del CENU, con una escisión interna del movimiento pedagógico, que cristaliza con la creación de la Federación Regional de Escuelas Racionalistas de Cataluña, de contenido mucho más cercano al anarquismo. El CENU, aunque criticado por algunos sectores del movimiento libertario, también ha sido ampliamente valorado como un proyecto educativo de inspiración libertaria, que desarrolló un destacado papel en la difusión educativo-cultural en la revolución social, y que sirvió de enlace y coordinación para un destacado número de centros escolares racionalistas y antiautoritarios.

La Escuela Natura

Creada en la época de la dictadura primorriverista, la Escuela Natura (ubicada en el barcelonés barrio del Clot) se basa en los planteamientos pedagógicos racionalistas de Ferrer Guardia. Además de su proyecto educativo, publica la revista infantil *Floreal*.

En época republicana, su importancia crece, y pasa a ser la escuela racionalista más importante de toda Barcelona, en parte integrada por hijos de militantes de la CNT (muchos de ellos procedían de los estratos más bajos de la sociedad obrera barcelonesa). Era un espacio abierto, donde convivían en coeducación niños de ambos sexos. Cobraba una cuota mensual casi simbólica. En ella se ofrecía una enseñanza integral de materias, contenidos y métodos diversos, como el canto o el estudio, conservando una total autonomía e independencia de la CNT, ubicada en el mismo edificio y que en ningún momento trato de influirla. Disponía de un amplio contenido de material pedagógico para la enseñanza, que combinaba con otras experiencias educativas, como eran las excursiones al campo; por las noches se daba clases a adultos.

Además, era frecuente también la celebración de exposiciones públicas de los alumnos, como método de sustitución del sistema de exámenes, y en las que los alumnos exponían y ponían en práctica sus conocimientos, pero en un ambiente festivo, cooperativo e integrador, entre padres, pedagogos y alumnos, y todo ello, obviamente, sin premios, castigos, compensaciones o distinciones de ningún tipo entre ellos, sino en un entorno de igualdad y apoyo mutuo entre los alumnos. También era frecuente la celebración de recitales y lecturas públicas de libros y otros textos.

Por tanto, este fue un proyecto educativo racionalista, pero donde el anticlericalismo agresivo y excluyente no tenía cabida, sino que se desarrollaba poco a poco más por sus métodos cotidianos de funcionamiento basados en la razón y el progreso.

Con todo, la Escuela Natura no se ocupó, a diferencia de otros proyectos, de hacer proselitismo ni militancia, a pesar de su afinidad con proyectos libertarios sino que se limitó, y de forma muy exitosa durante estos años, a su labor pedagógica, llegando a contar en su evolución cronológica con hasta 300 alumnos, lo cual significaba mucho para esa época. La educación y la cultura fueron elementos fundamentales para la gestación y desarrollo de un espíritu combativo, revolucionario y libertario, que estalló con toda su fuerza el 19 de julio de 1936, y que desencadenó una auténtica revolución social en todos los sectores de la vida económica, social y cultural. Para esto último fue necesario el cultivo previo de una base social formada e instruida en centros autogestionados por los propios trabajadores durante decenas de años desde finales de siglo, que ayudaron a iniciar en el proletariado una conciencia de clase, de militancia, de reivindicación y de lucha, además de adquirir una serie de conocimientos básicos en otros aspectos más puramente culturales e instructivos.

Esta base, con los años, germina en un auténtico estallido revolucionario cultural durante la revolución social (1936–1939) donde todos los sectores y proyectos libertarios se lanzaron a una ingente labor educativo-cultural para poner los cimientos de lo que debía haber sido una nueva sociedad libre, justa, igualitaria, y cooperativa, que, si al menos no consiguió florecer por la acción autoritaria dentro y fuera del bando republicano, sí al menos consiguió dejar una imborrable huella en aquellos lugares donde se desarrollaron esos proyectos y pusieron la educación y la cultura en manos del pueblo, siendo, al menos durante aquellos años, una auténtica arma e instrumento para la liberación del pueblo trabajador, que intentó, también en el terreno de la educación y la cultura, forjar una nueva sociedad que tendería a emancipar a los seres humanos de la ignorancia, de la explotación y de la sumisión.

Las mujeres y la revolución social

Los anarquistas españoles sostenían que un marco adecuado para la concienciación era la participación en las organizaciones obreras, sobre todo en los sindicatos. No obstante, siguiendo a Bakunin y en oposición a Marx, también insistían en que los obreros industriales de las ciudades no eran los únicos capaces de alcanzar una conciencia revolucionaria. Los campesinos y los miembros urbanos de la pequeña burguesía, así como los trabajadores de la industria, todos podían desarrollar una conciencia de la opresión que padecían y adherirse a un movimiento revolucionario. Muchas mujeres, en particular, criticaban el énfasis que ponía el movimiento en el proletariado masculino urbano. Emma Goldman, que apoyó muy activamente tanto la Revolución española como a la organización Mujeres Libres, por ejemplo, ya había afirmado que «los anarquistas están de acuerdo en el que el mayor mal hoy es el económico, pero mantienen que la erradicación del mal solo puede ser llevada a cabo tomando en consideración cada fase de la vida, las fases tanto individual como colectiva, tanto interna como externa». Fue obviamente cierto para las mujeres, pero también para los hombres, que el centro de trabajo no era el único ámbito en el que se dan las relaciones de dominación, ni es, por tanto, el único ámbito posible para la concienciación y la capacitación. Un movimiento íntegramente articulado debe transformar todas las instituciones jerárquicas, incluyendo al gobierno, las instituciones religiosas y –quizás más significativamente para las mujeres– la sexualidad y la vida familiar. La preparación, por lo tanto, podía y debía tener lugar en una variedad de ámbitos sociales, además de en el terreno económico.

Para los que se integraron en el movimiento libertario en etapas más tardías de sus vidas, el proceso de aprendizaje fue obviamente diferente. Pepita Carpena, por ejemplo, fue iniciada en las ideas por organizadores sindicales que frecuentaban las reuniones sociales de la gente joven con la esperanza de

captar nuevos miembros para la causa. Soledad Estorach, que llegaría a participar muy activamente tanto en la CNT como en Mujeres Libres en Barcelona, obtuvo inicialmente la mayor parte de la información sobre los «comunistas libertarios» leyendo periódicos y revistas.

Tanto los que hacían hincapié en una estrategia sindical como los que insistían en que la subordinación de las mujeres tenía como base componentes culturales más amplios, reconocían que las mujeres estaban menospreciadas y discapacitadas cultural y económicamente. Todos ellos aceptaban que medios y fines estaban íntimamente relacionados. ¿Pero cómo se llevarían a la práctica esos principios e ideas? ¿Cómo iban las mujeres españolas de principios de siglo –que se percibían dependientes de los hombres– a empezar a comportarse de modo que desarrollasen sus capacidades? La postura oficial de la CNT era la de que las mujeres eran iguales a los hombres y que debían ser tratadas de igual modo en el hogar y en el movimiento. El Congreso de Zaragoza de mayo de 1936 formuló claramente la posición igualitaria. En el Dictamen sobre el concepto confederal del comunismo libertario encontramos lo siguiente: «Como la primera medida de la revolución libertaria consiste en asegurar la independencia económica de todos los seres, sin distinción de sexos, la interdependencia creada, por razones de inferioridad económica, en el régimen capitalista entre el hombre y la mujer desaparecerá con él. Se entiende, por lo tanto, que los dos sexos serán iguales, tanto en derechos como en deberes».

Estar de acuerdo en el análisis de la realidad de las mujeres no garantizaba unanimidad sobre lo que supondría en la práctica. De hecho, la cuestión de cómo abordar, y afrontar, la subordinación de las mujeres obreras dentro de la sociedad española nunca se resolvió de forma efectiva en el movimiento libertario. Mujeres Libres fue creada precisamente por el desacuerdo que existía entre los militantes libertarios de cómo alcanzar dicha capacitación. De hecho se plantearon dos posturas diferentes: una se centraba en que los hombres anarquistas tenían la responsabilidad de tomar la delantera para cambiar los patrones sexistas, ayudarlas en las tareas domésticas para que pudieran participar en las actividades de la comunidad. La otra postura radicaba en que la iniciativa debe venir de las mujeres.

Estas dos posturas vienen claramente reflejadas en los debates que aparecieron en la prensa durante los primeros años del siglo XX. En 1903, José Prat instó a las mujeres a tomar las riendas de su propia emancipación. Unos años más tarde Federica Montseny afirmaba que una forma de que las mujeres lucharan por la abolición del estándar sexual era tomándose en serio a sí mismas, dando la cara y castigando a los que las habían seducido y abandonado, en lugar de, avergonzadas, retirarse cobardemente. Y Soledad Gustavo, haciéndose eco de las reivindicaciones de Emma Goldman sobre la emancipación interior, mantenía que si debía existir un nuevo orden de igualdad sexual, la mujer tendría que «demostrar con hechos que piensa y que es capaz de concebir ideales, de sentar principios, de realizar fines».

Las cuestiones que estaban afrontando eran precisamente la capacitación y la superación de la subordinación, es decir, cómo alcanzarlas en coherencia con el compromiso de reconocer tanto el impacto del condicionamiento cultural como el potencial de autonomía de cada persona. No obstante, el problema de la importancia de la subordinación de las mujeres y del lugar que debían ocupar en el proyecto anarquista no estaba en absoluto resuelto, ni en los escritos teóricos de los anarquistas españoles ni, como veremos, en las actividades del movimiento. Las opiniones iban desde una aceptación proudhoniana del estatus secundario de las mujeres al énfasis bakuninista en que las mujeres debían ser iguales a los hombres y tratadas como tal en las instituciones sociales. Aunque esta última postura fue adoptada por el movimiento anarquista español ya en 1872, la contribución efectiva de las mujeres a la lucha social raras veces era reconocida y la CNT se mostró en el mejor de los casos negligente en sus empeños por organizar a las obreras. La situación era peor en el hogar, los anarquistas más comprometidos esperaban ser los «amos» en sus hogares, queja de la que se hicieron eco muchos artículos publicados en los periódicos y revistas del movimiento libertario durante este período.

Parece que la opinión de que el papel adecuado a la mujer era el de ser madre y esposa era compartida por al menos algunas anarquistas. Matilde Piller, por ejemplo, en un artículo aparecido en la revista *Estudios* en 1934, afirmaba que la emancipación de la mujer era incompatible con su papel de madre: «No se puede ser una buena madre –en el sentido estricto de la palabra– y buena abogada o química al mismo tiempo. Tal vez se pueda ser intelectual y mujer, pero madre, no». Ese punto de vista era común entre algunos hombres. En 1935, por ejemplo, en un artículo, Montuenga afirmaba que «la mujer siempre será el

lado bello de la vida, y es lo que en realidad debe ser: compañera adorable, que en la lucha por la vida, nos consuele y fortifique, y madre cariñosa de nuestros hijos».

Muchos argumentaban que las mujeres debían contribuir a su propia emancipación apoyando a los revolucionarios varones. Otros, probablemente representativos de la mayoría dentro del movimiento, negaban que las mujeres estuvieran oprimidas en forma que necesitasen una atención particular. Federica Montseny reconocía que «la emancipación de la mujer era un máximo problema en los tiempos presentes» pero afirmaba que la opresión de la mujer era una manifestación de factores culturales (incluyendo su baja autoestima) que no serían resueltos mediante una lucha organizativa. Haciéndose eco de los argumentos de Emma Goldman, hacía hincapié en la naturaleza interna de la lucha, es decir, solo cuando las mujeres se respetasen a sí mismas podrían de forma efectiva exigir un similar respeto por parte de los hombres. Convenía con otros autores anarquistas, hombres y mujeres por igual, en que el objetivo apropiado no era la igualdad con los hombres bajo el sistema existente, sino una reestructuración de la sociedad que liberara a todos. «¿Feminismo? ¡Jamás! ¡Humanismo, siempre!». Este sostenía que el feminismo abogaba por la igualdad de las mujeres pero no desafiaba a las instituciones existentes. Tenía, además, un enfoque muy estrecho dado que la lucha de los sexos no podía ser separada de la lucha de clases o del proyecto anarquista en su conjunto (el feminismo representaba, efectivamente, otra perspectiva de cómo alcanzar mejor la igualdad para las mujeres, aunque tardó bastante en arraigar en España; la primera organización feminista independiente no fue fundada hasta 1918 y tuvo muy poco o ningún impacto entre las mujeres de la clase obrera). Asimismo, Igualdad Ocaña, que era consciente del modo en que las aportaciones de las mujeres habían sido infravaloradas por las organizaciones del movimiento, insistía en que «si no vamos en común acuerdo el hombre y las mujeres, nunca podremos lograr que la sociedad vaya por el camino recto de la superación. La labor ha de ser unísona. Debemos luchar para que se nos respete en todos los niveles y poder luchar en todos los factores al lado del hombre». Se oponían a que existieran organizaciones aparte para mujeres que tuvieran como objetivo afrontar tales problemas, y encontraban apoyo a su postura en la máxima anarquista de la unidad de medios y fines.

Los que se oponían a las organizaciones autónomas de mujeres alegaban que el anarquismo era incompatible no solo con formas jerárquicas de organización, sino también con cualquier organización independiente que pudiera minar la unidad del movimiento, puesto que la meta del movimiento anarquista era la creación de una sociedad igualitaria en la que hombres y mujeres se relacionaran como iguales. Temían que una organización dedicada específicamente a poner fin a la subordinación de las mujeres subrayaría las diferencias entre ambos sexos más que sus similitudes y dificultaría el logro de un objetivo revolucionario igualitario. El debate continuó dentro del movimiento libertario durante toda la década de los treinta y llevó por último a la fundación de Mujeres Libres.

Las fundadoras de Mujeres Libres eran todas militantes de la CNT. A pesar de ello, creían que las organizaciones del movimiento eran inadecuadas para abordar los problemas específicos a los que debían enfrentarse las mujeres, ya fuera dentro del movimiento mismo o en la sociedad en general. Se requería el establecimiento de una organización que luchara de forma directa por la emancipación de las mujeres pues, aunque participaban en todas las organizaciones –CNT, ateneos, grupos juveniles–, sus compañeros varones no siempre las trataban con respeto. Por otro lado las mujeres que se organizaban eran siempre una minoría a pesar de los esfuerzos de estas por incorporar a más mujeres, posiblemente por el sexismo de los hombres y la timidez de las mujeres. Lentamente las mujeres de diferentes ámbitos del movimiento comenzaron a dar los primeros pasos para organizarse. En algunos pueblos de Cataluña empezaron a formarse grupos de mujeres incluso en los últimos años de la Dictadura. Cuando comenzó la guerra y la revolución en 1936, las mujeres de Tarrasa estaban listas para actuar: montaron una clínica y una escuela de enfermería durante los primeros días de la lucha.

En Barcelona a finales de 1934 empezó a formarse un grupo denominado Grupo Cultural Femenino de la CNT, que tenía como objetivo fomentar un sentido de solidaridad entre ellas y permitirles adoptar papeles más activos tanto en el sindicato como en el movimiento. Lucía Sánchez Saornil, escritora y poeta, y Mercedes Comaposada, abogada, emprendieron una tarea similar en Madrid. Estas dos mujeres, junto con Amparo Poch y Gascón, fueron las iniciadoras de Mujeres Libres y las editoras de su revista. Aunque provenían de ambientes diferentes y cada una poseía su estilo personal, las tres estaban profundamente comprometidas con el movimiento y con la educación de las mujeres.

En Barcelona, Soledad Estorach, que participaba tanto en su ateneo libertario como en la CNT, también creía que las organizaciones del movimiento eran inadecuadas para incorporar a las obreras en términos de igualdad con los hombres. La actividad más concreta en la que se embarcó el grupo de Barcelona fue la creación de guarderías volantes, en sus empeños de incorporar a más mujeres a las actividades sindicales. En 1936, en un Pleno las mujeres catalanas reconocieron sus afinidades con Mujeres Libres y votaron afiliarse, cambiando su nombre por Agrupación de Mujeres Libres. Así empezó lo que llegaría a ser una federación nacional. La necesidad de enfrentarse tanto a la revolución como a la guerra llevó a Mujeres Libres a desarrollar una serie de programas con dos objetivos separados pero relacionados: la preparación de las mujeres para el compromiso revolucionario y la captación e incorporación activa al movimiento libertario. Organizaron programas educativos, de empleo y aprendizaje, de concienciación y apoyo a la militancia femenina, referentes a la maternidad, sexualidad para refugiados... Llegaron a ser unas 20.000 mujeres. La energía, el entusiasmo y el sentimiento de capacitación personal y colectiva que habían experimentado se convirtieron en estándares de lo que la vida podía ser y de lo que las personas podían lograr si trabajaban juntas con compromiso y esperanza.



El retroceso revolucionario

Cuando se habla del momento en que la Revolución española declina o pierde la partida, normalmente se hace referencia a los sucesos de mayo de 1937 como la situación a partir de la cual el proceso revolucionario se detiene, cae derrotado o es traicionado. Pero la realidad es que esta interpretación sería bastante reduccionista, porque lo cierto es que ya desde los primeros momentos posteriores al 19 de julio se fueron produciendo acontecimientos que invitan a pensar que lo que podríamos llamar retroceso revolucionario ya se estaba dando. El 19 de julio de 1936 el anarquismo organizado tuvo, por primera vez desde la fundación de la CNT y de la FAI, la ocasión de alcanzar la meta de la abolición del capitalismo y el Estado. Todos los levantamientos fallidos que se habían realizado durante la Segunda República pretendían, en definitiva, conseguir ese objetivo e implantar el comunismo libertario.

Después de esa fecha surgieron comités revolucionarios de ámbito local que eran portavoces de las masas trabajadoras y para cuya constitución espontánea fue decisivo el vacío de poder creado por el levantamiento de los militares y la quiebra del poder del Estado. Así, estos comités tomaron en sus manos casi todas las cuestiones administrativas; sin embargo, no aspiraban a la conquista del poder político, sino a su destrucción. Los comités deberían constituir las células de un sistema federativo que sustituyese al Estado parlamentario y, en todos ellos, los anarquistas tuvieron una participación importante, intentando impulsar la autogestión revolucionaria.

El 20 de julio de 1936, en toda Cataluña el control de la situación estaba en manos de la CNT y de la FAI, que se vieron ante el dilema de establecer una organización social anarquista o colaborar con el gobierno – que en esos momentos solo existía de derecho, no de hecho– y con los demás partidos y organizaciones obreras. En las deliberaciones de la CNT y la FAI entre los días 20 y 23 de julio, la realización del anarquismo integral era interpretada como la imposición de una dictadura, viéndose también que esta opción por una Cataluña anarquista la podría llevar a un boicot nacional e internacional que dañaría la meta urgente de derrotar el levantamiento militar. Y en medio de estas discusiones aparece la propuesta de Companys (presidente de la Generalitat) de colaborar con el gobierno a través de la creación del Comité Central de Milicias Antifascistas. Así pues, el 21 de julio, acuciados por las circunstancias, por primera vez en su historia, la CNT y la FAI aceptaron el compromiso con las fuerzas políticas de Cataluña. Probablemente sin saberlo, el paso que daban suponía que, en aras de concentrar todas las fuerzas antifascistas contra el

alzamiento militar, paradójicamente, los anarquistas estaban colocando la piedra angular en la tarea de socavar la influencia extraordinariamente fuerte de que gozaban entonces.

Aparte del escrúpulo moral de hacerse con todo el poder, en esta decisión influyeron, además, otros factores, como la imposibilidad de llevar adelante la revolución anarquista en toda España y la decisión estratégica de que una cesión de este género en Cataluña podía asegurar a la CNT y al anarquismo en otras regiones de la zona republicana, donde era minoritario o no era tan influyente, un trato igualmente generoso. Es cierto que, a lo largo de todo este proceso, hubo fuertes resistencias –que en determinados momentos se hicieron muy patentes– en el interior de las organizaciones, a lo que muchos consideraban, como poco, una dejación de las ideas, las concepciones y la práctica revolucionarias, pero no pudieron frenar esa inercia.

En fin, la suerte estaba echada, y esta decisión supuso mantener con vida los organismos (gobierno y partidos políticos) que, al final, acabaron con la revolución y arrinconaron al movimiento libertario. Detrás vinieron, como consecuencia, el aceptar decisiones gubernamentales o el contemporizar en aras de la «lucha antifascista» que se había elevado a la categoría de ideología en la España republicana. Así, las organizaciones libertarias fueron aceptando –con agrado o desagrado, pero cada vez más en cascada– medidas de corte gubernamental, militar y político: a fin de cuentas, de colaboración con el Estado republicano. A modo de ejemplo, citamos algunas de las más conocidas y que, por su importancia, marcaron el camino de lo que sucedió después:

- 6 de agosto de 1936: militarización de las unidades de milicias por la Generalitat y el Comité de Milicias.
- 26 de septiembre: entrada de tres consejeros de la CNT en el gobierno de la Generalitat.
- 21 de octubre: publicación por el gobierno del Frente Popular del decreto de integración de las milicias en las fuerzas armadas regulares.
- 5 de noviembre de 1936: cuatro ministros de la CNT y de la FAI en el gobierno de la República.

Cierto es que, para aceptar todo esto, había consideraciones de tipo táctico o estratégico: si la CNT y la FAI no entraban en el gobierno podrían ser marginadas del devenir de la guerra y sus colectividades amenazadas y destruidas; si las milicias anarquistas no aceptaban los decretos de militarización se verían desprovistas de armas y pertrechos... Pero todo esto que se quería evitar sucedió aun integrándose en el sistema social y político republicano. No debemos dejar de señalar, no obstante, que tanto desde el interior de la CNT, de la FAI y de la FIJL, como desde las milicias anarquistas y de las colectividades hubo fuertes y constantes protestas contra este proceso de institucionalización del anarquismo y de la revolución.

Mayo del 37

Lo que sucedió en las jornadas de mayo de 1937 no fue más que una consecuencia lógica de este proceso de retroceso ideológico y práctico. Y supuso el último intento importante –y en buena medida, desesperado– por parte de las organizaciones libertarias de salvar la revolución y sus conquistas. A esas alturas, los resortes puestos en marcha por el Estado republicano, así como los manejos de los estalinistas del PCE y de su sucursal catalana del PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña) habían conseguido frenar, en cierta medida, el avance revolucionario. La burguesía republicana había ido reconquistando el poder que el proletariado no había querido o podido tomar. Primero, aceptando la preponderancia obrera, ya que no tenía más remedio. Después, mediante la colaboración de clases, reforzando el Estado. Finalmente, amparándose tras el Partido Comunista que, apoyado en los agentes rusos, se colocaba a la vanguardia de la contrarrevolución en la República. El proletariado había perdido la dirección de la guerra y el mando de sus unidades; solo faltaba desarmarlo en la retaguardia y ponerlo a merced de la policía. En Cataluña, el PSUC había conseguido levantar a todo el mundo contra las fuerzas obreras. Las provocaciones no cesaban desde que la CNT disolvió el Comité de Milicias. La policía hostigaba a los obreros... La Central Telefónica era controlada y gestionada por los trabajadores desde los primeros días

de la revolución. El 3 de mayo de 1937 se presentaron ante sus puertas gran cantidad de guardias de asalto con la orden del gobierno catalán de arrebatar el edificio a los trabajadores. A punta de fusil los conminaron a mantenerse con los brazos en alto, pero los obreros se defendieron y respondieron como pudieron a la agresión.

La noticia se difundió como un relámpago por toda la ciudad. Los trabajadores trataban de armarse para protegerse de agresiones similares contra otros edificios. Por la tarde la huelga era general. El día 4 por la mañana, toda Barcelona estaba en manos de los obreros menos el centro, donde el combate proseguía casa por casa. Los trabajadores revolucionarios sabían que si esa batalla se perdía sería el fin de la revolución. La Agrupación «Los Amigos de Durruti», formada por miembros de la CNT y la FAI, llamaba a la revolución social y a la destrucción del orden burgués. En la calle, también el POUM luchaba al lado de los militantes de las organizaciones libertarias, pero su influencia en la lucha no fue grande debido a su escaso número. En el frente de Aragón, las milicias anarquistas se planteaban seriamente partir hacia Barcelona para ayudar a sus hermanos. Incluso, algunos grupos de ellas llegaron a la ciudad. Las Juventudes Libertarias, por su parte, empujaban a la acción. El día 5 los grupos de la FAI de Barcelona se reunieron y decidieron «atacar a fondo pase lo que pase».

El noventa por ciento de los combatientes eran de la CNT y de las organizaciones anarquistas, y el ardor por llevar adelante la revolución y desarmar a los traidores era general. Sin embargo, ya desde ese día 5 los sectores burocratizados de la CNT y de FAI llamaban constantemente al «orden» y pedían a los trabajadores el alto el fuego y la vuelta al trabajo, debido a los compromisos adquiridos con los gobiernos de la República y la Generalitat. Así, el día 6 la CNT declaraba una tregua y los obreros, antes que romper en mil pedazos a su organización, permanecieron fieles a ella, a pesar de reconocer que eso implicaba su derrota. Durante el día 7 las barricadas de los trabajadores fueron desmontadas, mientras permanecían las de la policía, las del PSUC y las del Estat Catalá (partido independentista catalán). Los trabajadores liberaron a todos sus presos, pero no sucedió lo mismo en el otro bando. Los obreros eran detenidos por centenares y muchos de ellos eran asesinados por la policía o por elementos del PSUC y Estat Catalá. El POUM fue colocado fuera de la ley (el PCE consiguió imponer su tesis de declarar a este pequeño partido como traidor y colaborador de los fascistas) y sus miembros eran encarcelados –y torturados– o asesinados cuando se los encontraba.

Con la CNT, la FAI y la FIJL no pudieron acabar, dada su importancia social y numérica, pero muchos anarquistas corrieron la misma suerte de persecución y asesinato. Las jornadas de mayo del 37 causaron 500 muertos y más de 1.000 heridos, y supusieron el fin de la esperanza revolucionaria.

El anarquismo a la defensiva

A partir de entonces, los sectores más reaccionarios del Estado republicano, con el Partido Comunista al frente, se enseñorearon de la situación política y social, dejando al anarquismo situado en una posición relegada y a la defensiva. El ejército republicano quedó en manos del PCE, que se hizo con la dirección de la guerra, siendo muchos jefes y comisarios políticos pertenecientes o simpatizantes de dicho partido. El ejército se convirtió en el lugar idóneo para la perdición de los anarquistas y el fin de la revolución. Un informe clandestino repasaba el estado de las tropas militarizadas: «Quienes visiten los distintos frentes de lucha podrán observar el contraste que ofrecen las fuerzas según la tendencia social predominante. Los de la CNT, mal de ropa, mal de armamento y manteniendo las más peligrosas posiciones. Los del Partido Comunista, casi siempre en segunda línea, bien atendidos en todo y con perfecta dotación para el combate». Aquí se ve dónde llegaban los suministros que venían de la Unión Soviética: no muchos, por cierto, dada la situación militar desesperada en la que se encontraba la República y la guerra terrorista y de aniquilación que las tropas fascistas españolas llevaban a cabo, apoyadas por los regímenes totalitarios de Alemania, Italia y Portugal. A partir del verano de 1937, muchas colectividades fueron atacadas y disueltas por ese ejército, que ya era un instrumento de los comunistas estalinistas. Especial relevancia tiene el ataque y destrucción de multitud de colectividades en Aragón a manos de las tropas estalinistas de Líster y El Campesino, con la consiguiente represión de colectivistas. El Consejo de Aragón (órgano creado para organizar la vida revolucionaria en el territorio aragonés no ocupado por los fascistas) fue disuelto el 11 de agosto. Con esta medida, el proceso de restauración del poder del Estado alcanzó su punto culminante. En

consecuencia, a partir de mayo del 37 la balanza se inclinó definitivamente a favor del restablecimiento de la autoridad estatal, siendo la revolución prácticamente vencida y traicionada. La sensación de derrota de muchos de los colectivistas debió de ser inmensa, al igual que la convicción de que habían sido abandonados a su suerte. Aun así, tras el paso de las tropas estalinistas, muchas de las colectividades volvieron a crearse de nuevo y subsistieron hasta su caída en poder de los fascistas o hasta el fin de la guerra, el 1 de abril de 1939.

Conclusión

Incluso con todos sus errores, el proceso revolucionario vivido en España durante los años 1936 a 1939 no tiene parangón en la historia. Por primera vez, la clase trabajadora toma en sus manos, de una forma generalizada, los medios de producción y productos de consumo de un modo colectivo, sin líderes que la conduzcan, sin vanguardias de partidos que la guíen. Es ella quien, autónomamente, pone en práctica una revolución que se sustenta en los principios de libertad, igualdad y fraternidad plenas. La clase obrera española de los años 30 es, probablemente, la más concienciada del mundo en ese momento, y en esa concienciación el anarquismo jugó un papel fundamental, llevando a la sociedad de la época grandes avances en lo social, lo cultural, lo económico, lo moral... muchos de ellos aún no superados hoy día. Y su lucha, además, tiene doble valor, puesto que tuvieron que organizarse para defenderse de la bestia fascista y, al mismo tiempo, sacar adelante su proyecto revolucionario teniendo frente a ellos a la práctica totalidad de los partidos y organizaciones republicanos, así como al aparato del Estado de la República en sí, con todas sus fuerzas policiales y militares.

Los hombres y mujeres anarquistas se vieron en multitud de ocasiones en encrucijadas de difícil resolución y tuvieron que tomar decisiones muchas veces ahogadas por las circunstancias. Sin embargo, bajo nuestro punto de vista, las decisiones básicas sobre el devenir de la revolución se produjeron en los primeros días después del golpe fascista: en muchos lugares se confió en la lealtad de la Guardia Civil y del Ejército, confianza que resultó letal. También se confió en la buena voluntad de los aparatos del Estado republicano y en sus representantes frente a los facciosos y, así, en muchos lugares, el pueblo quedó desarmado y fue masacrado. Además, ¿qué hubiera sucedido si se hubiera proclamado el comunismo libertario en Barcelona y en amplias zonas de Cataluña y del territorio republicano? Aparte de haber podido llevar la revolución adelante sin negociar nada con los políticos y el Estado, es probable que eso se hubiera contagiado a las capas populares de otras regiones y el fenómeno revolucionario hubiese sido más extenso y profundo. Otra cuestión: las milicias de trabajadores recién creadas se adaptaban mal a una guerra clásica de posiciones (lógico porque no eran, ni querían serlo, un ejército profesional), y algunos abogaban por el buen resultado que hubiera tenido una amplia estrategia basada en las guerrillas en la zona controlada por los facciosos, donde, aparte de distraer fuerzas del enemigo, podrían haber rebelado a parte de la población contra sus dominadores.

Hay otro factor a tener en cuenta: aunque la CNT era en julio de 1936 la organización sindical más potente del país y la FAI hacía que el anarquismo impregnara buena parte de las luchas sociales, no contaban aún con el número suficiente de militantes para poder asegurar con eficacia un triunfo revolucionario y en muchas partes tuvieron que adaptarse más o menos a las circunstancias de no ser la fuerza mayoritaria, lo que les restó capacidad de acción e influencia. En muchos pasajes de esta exposición hemos evitado dar nombres propios, pues consideramos que los procesos que se dieron fueron colectivos y como tales hay que contemplarlos. Quien quiera conocer quién fue el responsable de tal o cual actuación tiene los libros de historia donde podrá informarse fehacientemente. En relación con esto, no hemos pretendido realizar un trabajo histórico exhaustivo sino una aproximación hacia un hecho bastante desconocido hoy día, pero que fue de tal amplitud y profundidad que removió los cimientos de la sociedad española de la época y fue un ejemplo para millones de personas en el mundo (algunos miles de ellas acudieron a España para participar en la revolución).

Los anarquistas de hoy día debemos agradecer el esfuerzo titánico de esos hombres y mujeres que hicieron posible un día la sociedad ideal que preconizaban, frente a todos los enemigos y todas las dificultades. Desde aquí, nuestro homenaje para todos ellos, héroes anónimos de la causa del pueblo. En esta sociedad de hoy, tan podrida, sometida y manipulada, su ejemplo debe servirnos para continuar en la

lucha sin desmayo, por una sociedad de seres libres e iguales, sin opresores ni oprimidos, donde impere la justicia social y en la que la anarquía, que es el orden natural, triunfe y se desenvuelva, acercando la felicidad a la vida de los seres humanos.

Grupo Tierra

La obra constructiva de la Revolución española

Que en 1936 estalló la guerra civil, ya se sabe. Pero lo que se ignora, o se pretende ignorar es que, a la par que hacía frente heroicamente al fascismo, el pueblo español, impulsado principalmente por la CNT y la FAI, se lanzaba a una revolución autogestionaria, la más radical de la historia. Hoy día, cuando la autogestión se impone como única alternativa valedera a las sociedades capitalistas y burocráticas, queremos restituir, mediante documentos en gran parte inéditos, lo que se ha querido ocultar, deformar o esquematizar.

En 1931, España cuenta con 21 millones de habitantes. Casi la mitad no sabe leer ni escribir. Es un país principalmente agrícola: el 52 por 100 de la población activa se dedica a la agricultura. Este mundo rural vive todavía en unas estructuras sociales arcaicas. Mientras 50.000 terratenientes poseen la mitad de las tierras cultivadas, 2 millones de campesinos se reparten el 10 por 100 de estas tierras. La industria, principalmente concentrada en Cataluña, emplea a 2 millones de obreros. Los principales sectores de esta industria, tan desarrollada como sus homólogas europeas, están en manos de capital extranjero: norteamericano, alemán, inglés, belga y francés. La iglesia cuenta con 80.000 curas, frailes y monjas. Controla la enseñanza e importantes sectores de la vida económica y social. El ejército es el segundo pilar de la sociedad española. Con sus 15.000 oficiales, su papel consiste en mantener, vaciando las cajas del Estado, a los hijos de la aristocracia, y en preparar la próxima guerra civil. También viven del presupuesto nacional los 64.000 policías de diferentes cuerpos, esencialmente encargados de mantener el orden social.

Para luchar en contra de estas fuerzas opresivas, varias fuerzas combativas se organizan:

- el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), creado en 1888;
- el Partido Comunista de España (PCE), creado en 1921;
- el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), fundado en 1935 por marxistas leninistas no estalinianos.

El movimiento obrero, por su parte, se organiza en 1870 en la Federación Regional Española, sección de la Primera Internacional, animada por militantes libertarios. De esta Federación nacen las organizaciones sindicales:

- Unión General de Trabajadores (UGT), de tendencia socialista, se separa en 1888. Cae bajo la influencia del PSOE y defiende posiciones reformistas.
- Confederación Nacional del Trabajo (CNT), se crea en 1910. Recoge la herencia de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT, Primera Internacional) y adopta las tesis anarcosindicalistas.

Para los anarcosindicalistas son los mismos obreros quienes, mediante la acción directa y la práctica de la solidaridad, se tienen que emancipar de la explotación capitalista y de la opresión del Estado. Proponen la reorganización de la sociedad sobre las bases del comunismo libertario, es decir, la libre federación de los individuos que han realizado la colectivización de la producción, apoyándose en el ideal proclamado por Ricardo Mella: «La libertad como base, la igualdad como medio, la fraternidad como fin».

La CNT es un blanco constante de la represión. Declarada ilegal en 1911, pasa a la clandestinidad en 1914. Pero su influencia va creciendo, a pesar del asesinato de su secretario general Evelio Boal, de Salvador Seguí (el Noi del Sucre) y de centenares de militantes anónimos. La instauración de la dictadura de Primo de Rivera en 1923 obliga nuevamente a la CNT a pasar a la clandestinidad hasta 1931.

Durante la Dictadura, en 1927, se crea la Federación Anarquista Ibérica y en 1932, a principios de la

República, aparece la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias. En el periódico ABC del 27 de diciembre de 1934, los monárquicos clasifican a sus adversarios de la manera siguiente:

- CNT: 1.577.000 afiliados.
- UGT: 1.444.000 afiliados.
- PSOE: 200.000 afiliados.
- PCE: 13.000 afiliados.

Cuando abdica Alfonso XIII, en 1931, la proclamación de la República es acogida con entusiasmo. Para algunos representaba la solución a todos los problemas de la sociedad española. En realidad, el nuevo régimen no satisface ninguno de los anhelos profundos del pueblo. Un ejemplo es la reforma agraria, que fue el tema electoral más importante de los republicanos: en 1932, en las Cortes, se vota una ley de distribución de tierras desocupadas, pero la ley no se cumple y todo sigue igual... y cuando los campesinos, cansados de esperar, pasan a la acción directa, como en Casas Viejas –Andalucía– en enero del 33, la Guardia Civil, ahora republicana, reprime con su brutalidad habitual. En vísperas de las elecciones de 1933, la CNT lanza la consigna: «No votar, preparaos para la Revolución social» y añade: «si las derechas ganan las elecciones, en la calle se tendrá que llevar a cabo la lucha decisiva».

Ganan las derechas. La Confederación asume sus responsabilidades e inicia una insurrección armada en Aragón, reprimida con la consabida brutalidad. Cuando los clerical-fascistas de la CEDA entran en el gobierno, el 5 de octubre de 1934, la CNT y la UGT, unidas bajo el lema «Unión de Hermanos Proletarios» inician la insurrección de Asturias. El Tercio interviene para apoyar a la Guardia Civil contra los trabajadores. Sin embargo, estos resisten hasta el día 13 de octubre. Pero ¡qué balance!: 3.000 muertos, 7.000 heridos y decenas de miles de detenidos. En previsión de las elecciones de 1936, los partidos de izquierdas se unen en un Frente Popular. Para el movimiento libertario, el único objetivo es la liberación de los 30.000 presos políticos víctimas de las insurrecciones precedentes. Casi todos son anarcosindicalistas. Así, por primera vez, la CNT no lanza su consigna «no votar» y algunos de sus militantes, por primera y última vez en su vida, van a votar. Ganan las izquierdas. El pueblo de Barcelona espera, delante de la cárcel Modelo, la salida de los presos, ya que el Frente Popular ha prometido su libertad. Los presos salen, pero sigue la lucha sin ilusiones acerca de las maniobras de los políticos. En mayo del 36, la CNT se reúne en congreso nacional en Zaragoza. Asisten 649 delegados en representación de 982 sindicatos. Se elabora el «Concepto confederal del Comunismo Libertario». Frente al incremento de la combatividad obrera, la reacción –esencialmente militar y falangista– inicia la preparación de un golpe de estado, verdadera contrarrevolución preventiva. Jose Antonio Primo de Rivera, jefe de la Falange, y los generales Mola, Franco y Goded se preparan para barrer una república culpable, a su parecer, de no controlar el movimiento revolucionario. En las Cortes, el monárquico Calvo Sotelo, proclama: «Si el fascismo es orden, soy fascista».

La CNT no vacila: o fascismo o revolución. El 18 de julio el levantamiento de los militares y fascistas triunfa en Marruecos, Burgos, Sevilla, Zaragoza... pero el punto clave es Barcelona. El 19 de julio, el Comité de Cataluña de la CNT proclama: «¡Pueblo de Cataluña! ¡Alerta y en pie de guerra! Es la hora de la acción; de obrar. Hemos pasado meses y meses haciendo crítica del fascismo, señalando sus defectos, lanzando las consignas concretas de que el pueblo había de oponerse, alzarse en armas en el momento en que la negra reacción de España intentara imponer su asquerosa dictadura. Ese momento ha llegado, pueblo de Cataluña. La reacción: militares, civiles, curas y alta banca, armoniosamente fraternizados, han iniciado la subversión tendente a implantar el fascismo en España por medio de la dictadura militar. Nosotros, representación genuina de la CNT en Cataluña, consecuentes con nuestra trayectoria revolucionaria y antifascista por excelencia, no podemos dudar en estos momentos graves, en estos momentos de acción. La CNT en Cataluña lanza la consigna concreta y terminante de que todos deben secundar la huelga general revolucionaria en el preciso instante en que se alce alguien en Cataluña, sin que ello implique inhibición a lo que compete al orden nacional, para lo cual nos atenderemos a las consignas del Comité Nacional. Queda pues bien terminantemente reflejada nuestra posición y señalamos que la consigna se cursará con rapidez. Nadie debe secundar ninguna consigna que no responda a las lanzadas por este Comité como forma de evitar lo irreparable. Son momentos de serenidad. Hay que actuar, pero con energía, firmeza y al unísono, a la vez, todos juntos. ¡Que nadie se aisle! Que se estrechen los contactos. Es hora de estar alerta y de disponerse a actuar. En Sevilla, el fascismo se adueña de la situación. En Córdoba hay un alzamiento. El Norte de África está dominado por ellos. Nosotros, el pueblo de Cataluña, en pie de

guerra, dispuestos a actuar. Que en estos momentos de coincidencia contra el enemigo común cada cual ocupe un puesto en el combate. Que no haya desgastes de energías ni luchas fratricidas. ¡Arriba los corazones! Arma al brazo y dispuestos para el combate. Quien se inhiba es un traidor a la causa manumisora del pueblo. ¡Viva la CNT! ¡Viva el comunismo libertario! ¡Ante el fascismo, la huelga general revolucionaria!».

El enfrentamiento directo entre el ejército y el pueblo en armas, se acaba con la derrota de los militares. Pero ¡cuánto le ha costado a la CNT este triunfo! Francisco Ascaso ha muerto y, con él, miles de militantes anónimos y valientes. Los generales vencidos, Goded y Buriel, son juzgados, condenados a muerte y fusilados. Una imagen simbólica: la revolución empieza con el derribo de la cárcel de mujeres de Barcelona.

La euforia del triunfo en Barcelona no oculta la preocupación por la derrota de Zaragoza. Ante la ausencia de reacción de la República, el pueblo sigue haciéndose cargo de la situación. Ya el 24 de julio, Buenaventura Durruti sale de Barcelona, con una columna de voluntarios, para arrancar a Aragón de las garras fascistas. Estos trabajadores, milicianos voluntarios, en mono, sin condecoraciones, obedeciendo a delegados de centuria que han elegido, disciplinados por ser revolucionarios conscientes, hacen retroceder a los fascistas. La columna Durruti libera Lérida, Fraga, Penella, Bujaraloz, Osera, y llega hasta las inmediaciones de Zaragoza. Los «aguiluchos» de la FAI, por su parte, luchan frente a Huesca y Teruel. Cabe señalar que las milicias consiguieron lo que jamás pudo obtener el ejército regular de la República: ganarle terreno al fascismo. Los militantes de la CNT-FAI, voluntarios de las milicias, dinámicos, conscientes, luchan, ante todo, para derribar el viejo mundo de los aristócratas, de los capitalistas, militares y curas, y para abrir las puertas a la revolución social, al comunismo libertario, como lo demuestran estas palabras de Durruti: «Estoy muy satisfecho de mi columna. Mis compañeros están bien pertrechados y, cuando viene la hora, todo funciona como una buena máquina. No quiero decir con eso que dejen de ser hombres. No, nuestros compañeros en el frente saben para quién y por qué luchan. Se sienten revolucionarios. No luchan para la defensa de nuevas leyes, más o menos prometidas; luchan para la conquista del mundo, de las fábricas, de los talleres, de los medios de transporte, de su pan, de la cultura nueva. Saben que su vida va ligada al triunfo. Hacemos, y esto es mi criterio, porque las circunstancias así lo exigen, la revolución y la guerra al mismo tiempo. Las medidas revolucionarias no solo se toman en Barcelona, también se toman en las líneas de fuego. En todos los pueblos que arrancamos al fascismo empezamos a desarrollar la revolución social. Es eso lo mejor de nuestra guerra. Y, cuando pienso en ella, me doy cuenta, más aún, de mis responsabilidades. Desde las trincheras hasta Barcelona, todos combaten por nuestra causa. Todos trabajan para la guerra y la revolución». Pero mientras empieza la guerra, ¿qué sucede donde los fascistas han sido derrotados? Empieza una vida nueva.

La autogestión industrial

La revolución social que se desarrolla, paralela a la guerra, en España, a partir de 1936, realiza el gran principio de la Primera Internacional: «La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos». Son los principios libertarios los que prevalecen. Las decisiones vienen de la base. Son los sindicatos quienes, en las empresas, en las Federaciones de Industria, se apoderan de los medios de producción y deciden sobre su nueva utilización. En julio de 1936, la revolución es inmediata y hay que equipar a las milicias. Y si empresas metalúrgicas como la Vulcano reanudan su actividad inmediatamente es porque la vida no se detiene. Los patronos, la mayoría de los ingenieros y de los técnicos, en general comprometidos con los fascistas, han sido descartados o han huido.

Los sindicatos, principalmente los de la CNT, se apoderan de las empresas. Con frecuencia se le concede una participación a la UGT, minoritaria en Cataluña. La asamblea general de los trabajadores decide sobre la nueva organización de la fábrica. Se elige un comité de empresa entre los trabajadores encargados de la producción y todos se afanan en mejorar la vida colectiva: disminución de las horas de trabajo, aumentos de salarios, seguridad social, garantía de jubilación, y todo eso sin dejar de perfeccionar las condiciones de trabajo y de higiene. Incluso se preocupan del porvenir, creando laboratorios de investigación.

Pero la diversidad de situaciones impone experiencias múltiples. En algunos sectores en que la CNT es particularmente potente, los obreros administran una rama industrial entera, desde la materia prima hasta

la venta del producto acabado. Se trata entonces de una socialización, como el caso del Vidrio de Valencia. A veces, los trabajadores administran una sola empresa; se habla entonces de colectivización. Es el caso de los productos químicos Mensa. Puede ocurrir que el antiguo patrón, republicano, se quede en su puesto; está, entonces, sometido a un control estricto de un consejo obrero elegido por los trabajadores; es el caso de la empresa José Pal o el Café Bar Pilar de Valencia. Por fin, en algunas ciudades donde la CNT es particularmente fuerte y donde todas las empresas están colectivizadas, es la Federación Local de Sindicatos la que organiza todo, como en Alcoy, en Levante. Las condiciones impuestas por la Guerra Civil entorpecen el desarrollo de la industria colectivizada por falta de materias primas, de capitales, de técnicos... Sin embargo, esta industria en manos de los trabajadores hace vivir a la España republicana. Apoyándose en las ideas libertarias, los trabajadores han sido capaces de producir sin jefes y sin disciplina de cuartel; han tomado su suerte en sus propias manos al votar las decisiones importantes en asamblea general, y han trabajado, ya no para enriquecer a un patrón, sino para el bien de todos.

Se podrá decir que las colectivizaciones representan una experiencia limitada si se considera el fin: la creación de una sociedad socialista y libertaria. Sin embargo, los trabajadores españoles han realizado la autogestión en el sentido propio: la gestión directa de las empresas y los servicios por los obreros mismos. Vamos a dar una idea de esta obra, mediante documentos, textos de época, testimonios de militantes que participaron en la revolución. Hemos tenido que escoger. No se puede hablar de todo y, menos aún, dando detalles. Pero con este esbozo, hemos querido demostrar que la autogestión española abarca el conjunto de la vida social.

Metalurgia socializada

La industria metalúrgica ha sido, desde luego, el sector clave de la revolución. A las dificultades inherentes a la incautación por los obreros de un sector tan técnico de la economía se añadió la necesidad de transformar la casi totalidad de la producción en industria de guerra. A través de esa readaptación, los obreros demuestran sus capacidades creadoras. Desde el punto de vista de la tecnología, como de la organización, teniendo en cuenta que los ingenieros y los patronos se han marchado, las colectividades van a demostrar la facultad de adaptación y eficacia, incluso en el plano puramente económico, de la colectivización. Por ejemplo: en Barcelona, el 19 de julio, los 520 obreros de la Vulcano se apoderan de la fábrica y nombran a un comité CNT-UGT que orienta su producción de cara al abastecimiento de las milicias. En la Girona, que ocupa a 1.500 obreros, los cuadros directivos se han quedado, pero tienen que contar con el Comité de Control, que impone la semana de cuarenta horas y un aumento de sueldo del 15 por 100.

En San Andrés (Barcelona), la Hispano Suiza, empresa de 1.400 obreros, es incautada por los sindicatos en el mes de julio. La dirige un Comité de Empresa en el que está representada cada sección, incluida la de los ingenieros. La empresa se adapta a las necesidades de las milicias y de la guerra y produce camiones blindados y bombas de mano.

Madera socializada

Este importante ramo contó de siete a diez mil personas durante los tres años de revolución. Pocos días después del 19 de julio empezó la socialización de la Madera de Barcelona. Se cerraron los talleres que no reunían condiciones de higiene suficientes, reagrupándolos para disponer de locales grandes y claros. Si algunos talleres pequeños, en los primeros momentos, van a seguir independientes, después se irán sumando al movimiento de socialización del ramo. En esta primera fase, el trabajo se organiza espontáneamente. Los obreros entusiastas, a los que se suman a veces algunos burgueses vencidos, eligen a un compañero conocido por su capacidad técnica y sobre todo moral, como por ejemplo Manuel Hernández, carpintero andaluz, presidente de la Madera Socializada de Barcelona. Otro obrero representa a la Organización de cara a la industria. Toda esta organización se apoya en las asambleas generales soberanas. La Madera sigue con las fabricaciones clásicas: muebles, barcas, toneles, encofrados y juguetes... pero, rápidamente y sin abandonar estas producciones, las exigencias de la guerra imponen la realización de barracones, cajas, culatas, etc. Se crea un pequeño laboratorio para el estudio de productos

de sustitución, principalmente colas y barnices. Las dificultades del abastecimiento imponen la utilización de materiales y técnicas nuevas. Por ejemplo, ya que resulta imposible conseguir ocume, se utiliza con éxito el plátano para la realización de contrachapados. La Madera de Barcelona es un sector completo de la economía que se ha socializado, ya que en ella están incluidos el ebanista y el leñador, el carpintero y el vendedor de muebles... Cuando resulta factible, las relaciones con los otros sectores de la economía se realizan por intercambio: productos acabados por víveres de las colectividades agrícolas, por ejemplo. Sin embargo, determinados abastecimientos siguen realizándose de forma comercial. Se ha eliminado la competencia, particularmente con la industria socializada de la Madera de Valencia, mediante una planificación de la producción: cada cual produce un determinado tipo de mueble. Como ejemplo de la extraordinaria capacidad creadora de los trabajadores de la Madera, cabe hacer resaltar el proyecto de creación de una escuela profesional.

Como anécdota se puede señalar la creación de la piscina del sindicato, así como bibliotecas, ejemplos significativos del esfuerzo de todos para cambiar radicalmente la forma de vivir. La jornada es de 8 horas, y se han unificado los sueldos. En estas condiciones de organización racional del trabajo, de entusiasmo y de fraternidad, a nadie puede extrañarle que la producción aumente considerablemente, llegándose a triplicar en determinados sectores. Sin embargo, no se trata tampoco de ocultar las dificultades e incluso ciertos antagonismos suscitados por criterios diferentes acerca del desarrollo de la Madera. Pero el sentido común siempre prevaleció en los momentos difíciles. Las únicas dificultades serias procedieron de la Generalidad de Cataluña, que intentó frenar el proceso de socialización.

Transportes colectivizados

En Barcelona la totalidad de los medios de transporte está, desde el mismo mes de julio, en manos de trabajadores: los tranvías, los autobuses, el metro, los taxis y el conjunto de los ferrocarriles catalanes.

Fundamentalmente, la colectivización es obra de la CNT. De los 3.442 empleados de tranvías, 3.322 están afiliados a la CNT. Sin embargo se le concede una participación a la UGT, por ejemplo en los ferrocarriles. Como en las otras empresas colectivizadas, son las asambleas generales de trabajadores las que deciden las orientaciones básicas. Son bimensuales para los ferroviarios y eligen un comité de administración de ocho trabajadores. Serán seis los miembros del Comité de Administración del Metro y siete los de Tranvías. También se nombran responsables de talleres y depósitos, así como en las 123 estaciones de la red de ferrocarriles de Cataluña.



Los trabajadores realizan las mejoras por las que habían luchado tanto. Se aumentan los sueldos, intentando unificarlos, y se instaura la semana de 40 horas. Sin embargo se trabaja más, para suplir la ausencia de los compañeros que luchan en los frentes. Se incrementan los equipos de trabajadores de tranvías y autobuses. Por todas partes mejoran las condiciones de trabajo e higiene. Se desarrollan o se crean sistemas de protección social. Por ejemplo, en la colectividad de tranvías se decide la creación del retiro unificado a los sesenta años y del sueldo íntegro para el trabajador enfermo. Pensando en el porvenir, las decisiones van orientadas de cara a una mejora del servicio público. Los trabajadores de los

tranvías prolongan líneas, se estudia la posible electrificación de los ferrocarriles y los trabajadores del Metro conciben un tipo original de locomotora. Por su parte los trabajadores de los autobuses entregan pases gratuitos para los alumnos de las escuelas de Barcelona. Se generaliza la solidaridad. Primero de cara a los compañeros que luchan en los frentes, pero también de cara a las otras secciones del Sindicato de Transportes; por ejemplo la Sección de Tranvías, más próspera, ayuda a las secciones que sufren las consecuencias de la guerra. Y cuando es posible, se colabora con las colectividades agrarias. Por su parte, los trabajadores del Metro han transformado la hermosa torre del antiguo director en casa de reposo, en la que cuidan a veinticinco niños refugiados de Madrid.

Los 700 tranvías rojinegros que recorrieron Barcelona hasta los bombardeos fascistas de 1938 demostraron ante todos la capacidad gestora de los trabajadores de los transportes.

Alimentación de Barcelona colectivizada

A causa de la guerra, el abastecimiento de las ciudades importantes va a ser difícil. Veamos lo que realizaron los obreros de la Alimentación. En Barcelona, el 19 de julio, la CNT ha incautado 39 grandes empresas de alimentación que, en su mayoría, serán convertidas en restaurantes de precio módico. Se crea un restaurante popular a precio fijo. Son trabajadores de la Alimentación quienes van a asegurar la comida a la clase trabajadora de las mayores ciudades de España.

Cervecerías Damm colectivizadas

Los trabajadores de Damm incautaron la empresa en julio del 36. Los directores y los técnicos lo abandonaron todo y los 610 trabajadores de la cervecería, miembros de la CNT, reorganizaron la fábrica nombrando un consejo de empresa de 9 miembros así como 5 secciones técnicas. Los sueldos han sido aumentados y unificados. Se piensa crear un sueldo familiar. Todos los trabajadores gozan ahora del seguro médico y se ha establecido el retiro a los 60 años. Se ha adquirido material moderno para mejorar la producción. En los locales de la fábrica se instala una biblioteca, una sala de deportes y un comedor. Para conseguir la cebada necesaria para la elaboración de la cerveza, se mantienen relaciones con las colectividades del campo, a las que se proporciona la simiente. Con los beneficios obtenidos, los trabajadores de Damm aseguraron el sueldo de un centenar de compañeros milicianos que luchaban en los frentes, y pagaban más de 2.000 pesetas semanales a las milicias, a las que dieron dos de los mejores camiones de la fábrica.



Industrias lácteas socializadas

«Vencido el fascismo, los trabajadores pudieron lanzarse a la socialización de un sector controlado hasta entonces por un gran número de pequeños propietarios y algunas empresas importantes entre las cuales hay que destacar la multinacional suiza Nestlé. Al socializar la industria, la preocupación esencial de los obreros fue proporcionar al pueblo de Barcelona un producto íntegro en las mejores condiciones de higiene. Antaño, los patronos solo se preocupaban de sus beneficios. Para mejorar la situación, se crearon 7 fábricas de refrigeración y pasteurización ultramodernas, como la de Mallet, situadas en los lugares de

producción, así como un sistema de envasado automático. Para el transporte de la leche, la colectividad compró 24 camiones cisterna isotérmicos, que en aquel entonces eran únicos en Europa. En una granja comprada por la colectividad, la Granja Germinal, se creó una unidad de producción lechera moderna. Todas estas mejoras y modernizaciones le costaron a la industria socializada más de 7 millones de pesetas, que solo pudieron conseguirse merced al empeño y a la voluntad de los trabajadores. Además se acordó apoyar a las milicias así como a otras colectividades perjudicadas por la falta de materias primas.

En la leche socializada, las asambleas generales eran soberanas y ellas elegían a los compañeros encargadas de funciones administrativas. En una de esas asambleas se decidió crear un sueldo idéntico para todos. En otra se rechazó el decreto de colectivización de la Generalidad de Cataluña, considerando que se trataba de encuadrar y de controlar la colectivización en un molde estatal. Así puede decirse que la industria socializada, desde el lugar de producción, la granja, pasando por el envase y el transporte, hasta el lugar de consumo, la ciudad, siguió asegurando el abastecimiento de Barcelona hasta los últimos días de la guerra, a pesar de situarse totalmente al margen de la legalidad republicana» (testimonio de José Capellas).

A pesar de su empeño y de su entusiasmo, los militantes revolucionarios, a medida que va prolongándose la guerra, sufren los ataques de la contrarrevolución, comprueban la indiferencia del mundo liberal ante la tragedia del pueblo español y observan los avances fascistas en los frentes. Por eso, el entierro de Durruti y el primer aniversario del 19 de julio van a marcar, por el fervor popular que les acompañó, el deseo confuso de aproximarse, por el recuerdo, a los días de revolución triunfal, cuando todo parecía todavía posible.

La revolución no solo transforma la producción sino que también alcanza a sectores clave de la vida social como por ejemplo Educación y Sanidad.

La educación

El Consejo de la Escuela Nueva Unificada (CENU), creado el 27 de julio de 1936, fue el instrumento de la revolución pedagógica que se conjugó con la revolución social que se desarrollaba en campos y talleres. Compuesto de 4 delegados de la CNT, 4 delegados de la UGT y 4 maestros nombrados por el Departamento de Cultura de la Generalidad de Cataluña, el CENU tropezó rápidamente con una dificultad fundamental: antes de renovar a fondo la pedagogía, era preciso ocuparse de la simple escolarización de los niños. Ya hemos señalado que en 1931 los analfabetos representaban el 47 por ciento de la población española. En 1936 la situación no ha mejorado mucho. Por eso el CENU crea de inmediato grupos escolares: escuelas nuevas edificadas por el Sindicato de la Construcción, o palacetes y conventos requisados en los barrios residenciales de las ciudades importantes. Mediante esas iniciativas, de julio del 36 a julio del 37, el número de niños escolarizados en Barcelona pasa de 34.431 a 116.846. Junto a este aspecto cuantitativo, se desarrolla también una preocupación cualitativa: en cada escuela solo se acoge a un número reducido de niños, se acentúa el contacto del niño con la naturaleza.

En el terreno puramente pedagógico, la teoría de la Escuela Moderna de Francisco Ferrer Guardia, fusilado en 1909 con cuatro compañeros, sirvió de base, sin que se considerase, sin embargo, como un dogma insuperable.

Habla Francisco Ferrer Guardia: *«Nuestra enseñanza no acepta ni los dogmas ni las costumbres, porque son formas que aprisionan la vitalidad mental dentro de los límites impuestos por las exigencias de las fases transitorias de la evolución social. No difundimos más que soluciones que han sido demostradas con hechos, teorías ratificadas por la razón y las verdades confirmadas con pruebas ciertas. El objeto de nuestra enseñanza es que el cerebro del individuo debe ser el instrumento de su voluntad (...) Ni dogmas, ni sistemas moldes que reducen la vitalidad a medida de las exigencias de una sociedad transitoria que tienda a ser definitiva. Queremos hombres capaces de destruir, de renovar sin cesar los medios, y de renovarse ellos mismos; hombres cuya independencia intelectual sea su mayor fuerza, que jamás estén ligados a nada, siempre dispuestos a aceptar lo que sea mejor, felices del triunfo de las ideas nuevas, aspirando a vivir vidas múltiples en una sola vida».*

El propio Puig Elías, presidente del CENU y militante de la CNT, rechazará, en parte, la importancia

exagerada que se le da a la razón en la Escuela Moderna y propone un cuadro pedagógico original en el cual intervendrían equitativamente la razón y el sentir, excluyendo, claro está, toda clase de dogmatismo, sea este religioso o «revolucionario». No es superflua esta precisión si observamos hasta qué punto se llegó a utilizar a la infancia. Por su parte los revolucionarios rechazan rotundamente adoctrinamiento y uniforme: ¡No envenenéis la infancia! Lo que pretendía el CENU era, ni más ni menos, acabar con la manipulación borreguista de los niños y crear un instrumento de desarrollo y formación para los hombres en la sociedad revolucionaria. Por falta de un personal formado, que no lograron sustituir totalmente unos obreros autodidactas y voluntariosos, y a causa del desarrollo de la contrarrevolución y de los progresos fascistas en los frentes, se malogró en parte este magnífico impulso.

Sanidad

La situación sanitaria de la España del 36 era catastrófica. Particularmente la mortalidad infantil era muy elevada. Y las consecuencias de la guerra iban a complicar los problemas... En un año de revolución, se crean en Barcelona 6 hospitales nuevos. Las tarifas de las consultas y de las operaciones las controla el Sindicato de Sanidad. Vamos a dar 3 ejemplos concretos de realizaciones sanitarias en Barcelona:

- El Hospital de Sangre, en el barrio de Pueblo Nuevo, transformado por el Sindicato de la Construcción, lo controlaba el Sindicato de Sanidad. Debido a su situación, este hospital acoge sobre todo a los heridos que afluyen del frente. Se puede constatar que todos los centros médicos estaban dotados de equipos modernísimos.
- El Hospital del Pueblo, calle Provenza, en la barriada de San Martín, se creó en los locales de un antiguo convento. Concentraba todas las especialidades médicas. Antes del 36, en esos dos barrios no existía instalación sanitaria alguna.
- El Instituto de Puericultura y Maternidad Louise Michel, creado por el Sindicato de Sanidad, se ocupa de los niños de 2 meses a 4 años, tanto desde el punto de vista médico como psicológico. En este mismo centro se organizaron cursos para las mujeres embarazadas y se creó asimismo una escuela de Puericultura.

La prensa del movimiento libertario siempre ha sido abundante y diversa. En un país culturalmente subdesarrollado, en el que la Iglesia monopoliza la educación, constituye un instrumento popular de formación frente a la ideología del Poder. A pesar de una represión constante, surgen revistas culturales, periódicos políticos o boletines de sindicatos.

En 1936, la prensa se convierte en antorcha de la revolución. Fueron sus diarios:

- En Madrid: *CNT* y *Castilla libre*;
- En Valencia: *Fragua social* y *Nosotros*;
- En Barcelona: *Solidaridad obrera*, *Catalunya* (en catalán) y *Tierra y libertad*.

Sus periódicos sindicales:

- *Horizontes Nuevos*, del Sindicato de Industrias Químicas;
- *Martillo*, del Sindicato del Metal;
- *Cultura Ferroviaria*, de la correspondiente Federación de Industria;
- *Gastronomía*, del Sindicato de Alimentación;
- *Luz y fuerza*, del Sindicato de Agua, Luz y Electricidad.

Los sectores colectivizados dan a conocer ellos mismos sus realizaciones. Es el caso de la revista *Síntesis*, de la empresa Cros colectivizada, y del periódico *Hoy*, de la Madera de Barcelona. Y por todas partes, en cuanto resulta posible, el pueblo tiene la palabra...

Las colectividades agrarias

El golpe de estado militar, apoyado por el fascismo europeo y la necedad del gobierno republicano, deja en el aire el destino de España. Pero, en el campo, la vida no puede detenerse en julio del 36. Apremia

la cosecha y hay que hacerse cargo de las tierras de los antiguos terratenientes. Ante la derrota del Poder, en los pueblos, a iniciativa de los militantes de la CNT, el pueblo va a implantar el comunismo libertario. Se incautan las tierras abandonadas, los campesinos voluntariamente contribuyen a la obra colectiva aportando su maquinaria y su ganado, se organiza colectivamente el trabajo. Las condiciones de cada uno mejoran de inmediato. La producción aumenta mediante la conquista de latifundios o de cotos de caza, y la explotación más racional del campo. La gestión colectiva de los beneficios permite realizaciones imprescindibles como hospitales, escuelas, acequias, etc.

Son cientos de miles de hombres y mujeres los que se hacen cargo de su propio destino; van a vivir lo que se llamará comunismo libertario, autogestión, socialismo. Se crean 350 colectividades en Cataluña, 500 en Levante, 450 en Aragón (donde el 75 por ciento del terreno está colectivizado), 240 en Castilla la Nueva. Y también las hubo en Andalucía y Extremadura. Cada una tiene características que le son propias, porque las decisiones se toman en las asambleas generales de colectivistas.

El comunismo libertario, tal como se concibe en 1936, presupone la abolición de la moneda. Se piensa entonces en sustituir el sueldo por un carnet de productor y en organizar la distribución de los productos mediante un sistema de intercambio, como se publica en el periódico de los campesinos confederales *¡Campo!*

Las circunstancias particulares de la Revolución española, la permanencia de una estructura estatal y de un sector económico privado van a imponer, paralela al intercambio, la permanencia de la moneda en las colectividades urbanas. Por el contrario, en el campo un sinfín de colectividades quiso realizar el ideal. Se irá de la supresión completa del dinero y de la toma del montón, al sistema de los bonos que equivalen a tal o cual cantidad de un determinado producto. Con frecuencia va a imponerse la etapa de la moneda local, no capitalizable, voluntariamente efímera. A veces se emplea el sistema del sueldo familiar proporcional, ya no a la producción, sino al número de personas que se tiene que mantener.

Otro sistema frecuente de reducción de la circulación monetaria fue que la colectividad en su conjunto se hiciera cargo de los servicios (particularmente médicos). Para la exportación fuera del sistema colectivista, se comprende en seguida la necesidad de unirse en federaciones (Aragón, Levante, etc.) en las que una caja de compensación asegurara el equilibrio entre colectividades ricas y colectividades pobres. Por ejemplo, la Federación de Colectividades de Levante exporta las naranjas hacia Suecia, como lo demuestran los rótulos que representan simbólicamente el sello de la CNT y el cartel de la Columna de Hierro de Valencia.

Veamos cómo vivieron y se desarrollaron algunas de estas colectividades. José Porquet, tesorero del Consejo de Administración de la Colectividad de Monzón, recuerda: «La Colectividad de Monzón, provincia de Huesca, la crearon en 1936 450 personas y quedó destrozada en marzo del 38 con la llegada de los fascistas. El 19 de julio, tras una reunión de los compañeros de la CNT, ocupamos la ciudad e impedimos la sublevación de la Guardia Civil. Después, se participó en el movimiento de liberación de la comarca. Es en el mes de octubre del 36 cuando se crea, por iniciativa de la CNT, la colectividad propiamente dicha.

Formada esencialmente por campesinos, se dotó de toda la infraestructura necesaria a su total independencia. Si solo agrupó, primero, a los convencidos, pensábamos poder ir aglutinando a los otros por la ejemplaridad de nuestras relaciones y de nuestro trabajo. Se creó un Consejo Administrativo de producción y consumo, compuesto por delegados elegidos por la base y revocables en todo momento. Paralelamente actuaban un delegado general para la agricultura y otro para el suministro, con las mismas prerrogativas. Sin embargo, a menudo tuvimos que improvisar.

La colectividad contaba con las tierras aportadas por sus miembros y con las de los fascistas que huyeron. Estaba dividida en 22 secciones de trabajo, siendo la agricultura la más importante; las diversas secciones eran, claro está, solidarias.

La asamblea general era la máxima instancia de la colectividad y normalmente, se reunía cada semana. En la comarca, las 32 colectividades se reunían periódicamente para estudiar los problemas generales. Un comité, con sede en Binéfar (provincia de Huesca) estaba encargado de su organización. El comercio con el exterior se pagaba en moneda oficial. Todo lo otro, mediante intercambios. La jornada de trabajo era de 8

horas para todos, y el sueldo familiar:

- 5 pesetas por día para un soltero (hombre o mujer);
- 9 pesetas por día para una pareja;
- 3 pesetas y media por día para cada niño de menos de 14 años, o para cada anciano;
- 4 pesetas por día para cada niño de más de 14 años.

Y, además, el beneficio de los servicios médicos gratuitos. La contribución de la colectividad al esfuerzo de guerra consistió en la salida voluntaria hacia el frente de la mayoría de los jóvenes, la creación de un taller de botellas incendiarias y el envío de trenes de suministro gratuitos».

Entrevista con Miguel Celma, que fue secretario del Consejo de Administración de la Colectividad de Calanda:

–Miguel Celma, ¿qué sucedió el 19 de julio en Calanda?

–El 19 de julio, para responder al levantamiento fascista, los militantes de la CNT se lanzaron a la calle y ocuparon Calanda. Esta situación de dominio duró tres días, hasta el 22. Se estuvo en pie de guerra patrullando sin que nadie, ni de derechas ni de izquierdas, fuese molestado. No se le dijo nada a ningún explotador de hombres. El 22 por la tarde llegaron tres camiones cargados de tropa y falangistas de Zaragoza, se apoderaron del pueblo y 24 horas después la cárcel contenía 200 obreros presos. Contra ellos ejercieron malos tratos. El 26 llegaron las milicias de Cataluña y ¡cuál fue nuestra sorpresa! los fascistas tenían ya casi terminado un dispositivo para pegarle fuego a la cárcel, naturalmente con todos los presos dentro. El 26 de julio, tranquilizados por la llegada de las milicias de Cataluña, se nombró un Comité Revolucionario compuesto por 4 miembros de la CNT y 2 de Izquierda Republicana, único partido antifascista existente. Se decidió entonces proclamar el comunismo libertario, dejando naturalmente posibilidad a los individualistas de seguir viviendo como antes. Pero de los 5.000 habitantes de Calanda, muy pocos, unos diez quizá, quedaron fuera de la colectividad. Calanda vivió así en Municipio Libre hasta agosto de 1937, fecha en que las tropas del bolchevique Líster vinieron a derrumbar la obra realizada. Durante dos meses el pueblo conoció la violencia y la opresión. Sin embargo, en octubre de 1937, 2.500 vecinos de Calanda formaron una segunda colectividad que vivió hasta marzo de 1938, cuando las tropas de Franco invadieron la región. Así pues, la colectividad de Calanda conoció dos épocas. Durante la primera época yo estaba en el frente pero conservaba contacto continuo con el Sindicato. Durante la segunda época fui elegido secretario del Consejo de Administración.

–¿Cuál era la situación económica de Calanda?

–El pueblo estaba en manos de una docena de terratenientes como el conde de Fortón, el marqués de Valdeguerrero o los Buñuel. Numerosos braceros se tenían que alquilar para el cultivo de los cereales, las hortalizas o las aceitunas. No faltaba la industria, con 14 molinos de aceite, una fábrica de extracción a base de ácido sulfúrico, 3 molinos de harina y una fábrica de yeso, canteras, herrerías y talleres de carpintería. Pero la industria más importante era la alfarera. Anteriormente había habido talleres de tejido y cordelería.

–¿Y la vida política?

–Calanda siempre había conocido una vida política agitada. Desde 1931 los trabajadores estaban reunidos en el Sindicato de la CNT, que contaba con 800 afiliados. Disuelto después de los sucesos del 34, volvió a la luz del día en febrero de 1936. Bajo la República, los burgueses pertenecían a la CEDA. Izquierda Republicana por su parte contaba con una veintena de militantes. Es decir, muy pocos. Fueron los militantes de la CNT los principales forjadores de la obra revolucionaria, en pleno acuerdo con el conjunto de la población.

–¿Cómo se organizó y cómo funcionó la colectividad?

–La colectividad lo heredó todo: tierras, edificios, máquinas y vehículos, hasta los bancos. Pero estos no sirvieron, ya que todos los productos eran gratis para los que trabajaban. Por ejemplo, después del inventario de los recursos en carne, se atribuyeron X kilos por persona (colectivista o no); el excedente estaba destinado al frente. Todo fue virtualmente requisado. El catastro y los títulos de propiedad desaparecieron. En la primera época, la gestión de la colectividad se confundía con la del municipio y

había para su administración un Comité Revolucionario. En la segunda época guardamos la colectividad, que disponía de un Consejo con dos secretarios permanentes: Pedro Ariño (fusilado por los fascistas en Valencia en 1939) y yo. Esta administración se asemejaba a la del Sindicato o a la de la Municipalidad, pero todas las decisiones se tomaban en asambleas generales semanales o en asambleas extraordinarias.

–¿Qué relaciones teníais con las demás colectividades?

–Se mantenían contactos numerosos con las colectividades vecinas y se pensó crear una federación de colectividades del Valle del Guadalupe para coordinar la explotación forestal, la agricultura, la ganadería y la industria. Se establecieron frecuentes relaciones con las colectividades cercanas a la frontera francesa y con aquellas en donde se podían conseguir tractores, máquinas, trilladoras, telas y calzados; los pagos se efectuaban en forma de intercambio.

–¿Cómo se organizó la producción?

–De manera general el cultivo y la producción seguían objetivos preestablecidos y planificados, pero prácticamente cada grupo de ocho hombres organizaba su trabajo a su antojo, aunque en contacto con el responsable de la agricultura o de los almacenes. No fue necesario construir casas nuevas, ya que se ocupaban las de los burgueses. Sin embargo, se continuó la construcción de la carretera Calanda-Mas de las Matas; y se arrasó un barrio del centro con el proyecto de crear allí una plaza, un jardín y un centro de cultura popular. Se proyectó también ampliar considerablemente el sistema de irrigación y la superficie irrigable. Gracias al trabajo colectivo y a pesar de que 30 hombres de Calanda, los más válidos, luchaban en el frente, la superficie cultivada aumentó, así como los rendimientos, y con menos horas de trabajo.

–Y los salarios ¿cómo se pagaban a los trabajadores?

–Como se había abolido el dinero, no había salarios. Se repartían los productos sobre una base familiar. Todo era gratis: medicina, farmacia, tomates o vino, vivienda, vestidos, distracciones.

–¿Hubo otras realizaciones en la colectividad?

–Se organizaron comedores colectivos primero para los solteros y los ancianos, luego para todos los que querían. De las seis escuelas diferentes de la comarca se hizo un grupo escolar «Francisco Ferrer» con 19 maestros, algunos de ellos con titulación oficial. Se instaló en el antiguo convento de Dominicos. Acogía a casi 1.200 niños de ambos sexos.

–¿Las mujeres participaron en la colectividad?

–Sí, participaron activamente, animadas por el grupo Mujeres Libres.

–¿Se preocuparon por las distracciones?

–Como animación cultural existían un cine y un grupo teatral. Además, la Torre de los Buñuel, que daba sobre el Guadalupe, con su pinar, su piscina y su biblioteca, fue transformada en centro de recreo ideal.

–¿En qué circunstancias se terminó la colectividad?

–A la llegada de las tropas franquistas numerosas colectivistas fueron víctimas de la venganza de los opresores de siempre, que se cebaron en los hombres y mujeres de edades que van desde los 3 meses hasta los 80 años. Entre ellos Ramón Caba, Tomás Pérez, Francisca Gascón, Ramón Ferrer y Juan José Deler. Pero el conjunto de la colectividad había sido evacuada en marzo del 38. Fue una caravana de 2.500 personas, 50 carros y 72 caballerías, un rebaño de 3.000 ovejas que salió del pueblo. Un año después había que pasar los Pirineos hacia Francia.

La guerra

La guerra civil es en realidad la lucha del pueblo español contra el fascismo europeo. Ya el 28 de julio los aviones de Hitler y Mussolini permiten a las tropas de Franco cruzar el Estrecho. Frente a la política de no intervención –en realidad la cobardía y los intereses de los pretendidos países democráticos– el fascismo no duda en ayudar masivamente a los generales facciosos. Los pretendidos voluntarios italianos forman de hecho un verdadero ejército, con mando propio y material moderno. Los 70.000 hombres del cuerpo

expedicionario italiano no se pueden comparar con los 10 a 12.000 hombres, a lo máximo, de las Brigadas Internacionales. Y Mussolini manda a España, además de sus soldados, cañones, tanques y más de 700 aviones. La ayuda del gobierno nazi de Alemania, por ser menos imponente no dejará de ser tanto o más eficaz todavía. Los 10.000 hombres de la Legión Candor son verdaderos técnicos de la guerra moderna. Los experimentos de bombardeos de terror que realizarán en Guernica, Madrid o Barcelona son el preludio de lo que será, años más tarde, su actuación en Praga, Varsovia, Londres o Leningrado.

Claro está que la Unión Soviética ayudó al bando republicano, pero los 2.000 técnicos soviéticos no permitieron, en ningún momento, darle un giro diferente a la guerra, salvo el impulso a la contrarrevolución. ¡Y la República pagó el escaso material soviético con 510 toneladas de oro! Es decir, la segunda reserva del mundo en aquella época.

En todos los frentes –y salvo triunfos espectaculares como los de Guadalajara y Teruel– los ejércitos de la República retroceden continuamente, a pesar del valor y del entusiasmo de soldados y milicianos. Perseguido simultáneamente por los esbirros de Mussolini y por los agentes estalinianos, el anarquista italiano Camilo Berneri declara:

«Hoy la guerra está en el cielo de Madrid; mañana estará en el de Barcelona; pasado mañana en el de París. La guerra europea ha vuelto a empezar, aunque no se haya declarado. Son los aviones y los aviadores de la Italia de Mussolini y de la Alemania de Hitler quienes asesinan y bombardean Madrid. En la retaguardia, niños y mujeres sufren los desastres de la guerra, con la bendición de la santa Iglesia apostólica y romana en la persona de Pío XII, que declara: "Dios quiso paz y victoria en España (...) A los prosélitos del ateísmo materialista de nuestra época, España ha demostrado altamente que los valores eternos de la religión y del espíritu lo dominan todo"».

La contrarrevolución

El 19 de julio del 36, el Estado español, vencido por el golpe de estado fascista y por la réplica revolucionaria, se ha desmoronado: el proletariado coge su destino entre sus propias manos y, lo hemos visto, edifica un mundo nuevo. Sin embargo, solapadamente, los políticos de ayer, en un primer tiempo aislados y desbordados por la iniciativa popular, siguen tejiendo la red de los reglamentos, obligaciones y censuras. En una palabra, amparados en el partido más importante de la izquierda, el Partido Socialista, cuyo jefe, Largo Caballero, da el ejemplo del oportunismo, y el mundo de la política, los Álvarez del Vayo, los Prieto, los Negrín, etc., intentan restaurar el Estado.

Pero para poder atacar de frente al movimiento revolucionario les falta algo: la fuerza. Es la Unión Soviética, mediante el Partido Comunista de España, quien la va a suministrar. Rápidamente, a la restauración de la burocracia administrativa de los socialistas y de sus aliados va a sumarse la potencia militar comunista. Apoyándose en el chantaje con la ayuda militar soviética y en un reparto muy selectivo del armamento, van a alcanzar los puestos clave de la jerarquía militar republicana, al mismo tiempo que proclaman, claro está, las necesidades de la unión.

El desarrollo de este partido coincide con el ingreso en sus filas de la pequeña burguesía, prisionera en el bando republicano y que busca el respaldo de un partido capaz de detener la revolución que está triunfando ante ellos. Fiel reflejo de su representación sociológica, la política del Partido Comunista será descaradamente pequeño-burguesa, como lo demuestran sus declaraciones. Santiago Carrillo, entonces secretario de las Juventudes Socialistas Unificadas, declara la revolución imposible porque no sigue los esquemas soviéticos:

«No hará falta que hablemos de cómo, en el único país del mundo que ha hecho la revolución, la Unión Soviética, después de 9 años de poder proletario es cuando se ha comenzado a socializar la tierra. ¿Cómo vamos a hacer nosotros en plena república democrática lo que ha hecho la Unión Soviética después de 9 años de poder obrero? Nosotros decimos que nuestra línea, por mucho tiempo, es la línea de la defensa del pequeño campesino, de la defensa de los intereses legítimos del pequeño propietario del campo».

El 4 de agosto de 1936, André Marty, miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, declara:

«En un país como España, la clase obrera y el pueblo entero tienen como tarea inmediata y urgente, la única tarea posible –y todos los recientes escritos del Partido Comunista lo repiten y lo demuestran–, no la de realizar la revolución socialista, sino la de defender, consolidar y desarrollar la revolución democrática burguesa».

Por su parte, en Francia, *Le Populaire*, periódico de los socialistas, declara el 27 de noviembre de 1936:

«Cuando se haya aplastado al fascismo, es posible que la FAI y la CNT anarcosindicalista sigan luchando para aplicar su programa social. Pero en este caso, el bloque social-comunista se opondrá».

Pero si hay que denunciar al conjunto de los partidos que ostentan el poder en el bando republicano por haber saboteado y entorpecido la revolución, tampoco hay que pasar por alto los errores del Movimiento Libertario.

Ya el 20 de julio, cuando la CNT deja en pie en Barcelona el fantasma de un poder político totalmente desbordado y que, intentando crear un frente antifascista, organiza con los diversos grupos de la izquierda el Comité de Milicias, se condenaba, a corto o largo plazo, a tener que pactar o colaborar.

La colaboración gubernamental y la militarización de las milicias, así como el decreto de colectivización promulgado por el gobierno catalán para recuperar, en la medida de lo posible, un movimiento que no puede controlar, son las etapas esenciales del estancamiento de la revolución. ¡Ministros anarquistas! ¡Generales, tenientes y cabos anarquistas! El peso de la guerra y en algunos casos, el deseo sincero de defender la revolución desde el aparato estatal, no pueden explicarlo todo. En el seno mismo de la CNT y de la FAI nace la contradicción: por una parte, seguir impulsando la revolución en campos y talleres, y por otra colaborar, en mayor o menor escala, con lo que queda del aparato político republicano, llevando a cabo una labor contrarrevolucionaria.

Y no se trata aquí de enjuiciar a personas. Algunos prefirieron la muerte a la claudicación; otros reconocieron públicamente en 1945 que se había cometido un tremendo error; y con ellos gran parte de la CNT y de la FAI supo asumir y superar los errores. El Poder, pensando haber neutralizado la principal fuerza obrera, puede examinar la posibilidad de una lucha frontal contra el movimiento revolucionario. Los comunistas, que controlan el aparato policial de la República, consideran disponer de apoyos suficientes para provocar los enfrentamientos armados de mayo del 37 en Barcelona, y la intervención de las tropas de Lister contra las colectividades de Aragón, en aplicación de una política planeada en Moscú, como lo demuestra *Pravda* del 16 de diciembre de 1936:

«En Cataluña, la liquidación de los trotskistas y de los anarquistas ha empezado. Se llevará a cabo con la misma energía que en la Unión Soviética». La réplica obrera conseguirá, en cierto modo, limitar y obstaculizar la aplicación de este plan. Entre las muchas víctimas, Camilo Berneri, asesinado por los comunistas, es uno de los espíritus más lúcidos de esta época turbia. Escribe en *Guerra di clase*: «El dilema guerra o revolución ya no tiene ningún sentido. El único dilema es este: o victoria contra Franco mediante la guerra revolucionaria o derrota».

Al acabar esta presentación de la obra constructiva de la Revolución española, quisiéramos mentar las palabras finales del Congreso de Zaragoza, que fue y seguirá siendo para la historia orientación y norte de la Confederación Nacional del Trabajo:

«He aquí terminado nuestro trabajo, mas antes de llegar al punto final, estimamos que debemos insistir, en esta hora histórica, sobre el hecho de no suponer que este dictamen debe ser algo definitivo que sirva de norma cerrada a las tareas constructivas del proletariado revolucionario. La pretensión de esta ponencia es mucho más modesta. Se conformaría con que el Congreso viera en él las líneas generales del plan inicial que el mundo productor habrá de llevar a cabo, el punto de partida de la Humanidad hacia su liberación integral.

Que todo el que se sienta con inteligencia, arrestos y capacidad mejore nuestra obra».

E.J.C.